



JACINTO LOPEZ

LA MUERTE DE

GARCIA MORENO

(De "La Reforma Social" de la Habana, Cuba.  
Tomo XXIII.—N° 1°)



QUITO  
IMPRESA DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL  
1922

16  
tra-  
ca in-



# La Muerte de García Moreno

---

## I

Mi pluma mató a García Moreno, dijo Montalvo. Esta afirmación es rigurosamente conforme con los hechos. De la lectura en privado, a escondidas, en secreto, bajo el terror del despotismo, de *La Dictadura Perpetua*, de Montalvo, por un pequeño grupo de jóvenes ecuatorianos, nació la idea de la conjuración contra la vida del tirano. Así lo cuenta en su historia de la muerte de García Moreno uno de los conjurados, Roberto Andrade, quien jugó en la conspiración y en la tragedia un papel decisivo. El corazón de estos jóvenes estaba por supuesto inflamado por el odio al tirano, y la elocuencia irresistible de Montalvo no hizo sino concretar y traducir este odio en un acto de voluntad y de inteligencia, en una concepción específica y una determinación heroica de acción. La frase de Montalvo es verdadera, pero su verdad es relativa. A García Moreno lo mataron sus crímenes, lo mató su despotismo, que engendró una formidable pasión de odio y horror en el corazón de la juventud y en el corazón del pueblo. A García Moreno lo mató la pasión de la libertad, enardecida y exasperada por su dominación, que era toda la opresión, toda la maldad, todo el exceso y el extremo en la infamia y el crimen. La pluma prodigiosa de Montalvo exaltó estas nobles y combatientes pasiones de reacción y de redención, sopló sobre ellas como un viento de tempestad, las puso en movimiento, las orientó, les señaló un curso, un horizonte, un centro, les dió ojos y brazos, les dió un espíritu, las armó y las lanzó a la tragedia. De este modo el nombre glorioso de Montalvo está in-

separablemente unido al nombre odioso de García Moreno en la eternidad que comenzó con la caída del monstruo ensangrentado al pie del Palacio de Gobierno en Quito. La muerte de García Moreno es una evocación perpetua del nombre de Montalvo. No es posible pensar en la una sin pensar en el otro. La pluma de Montalvo lo azotó siempre y el reinado de García Moreno aparecerá siempre bajo la gran sombra de la figura de Montalvo; pero es la muerte la que ha sellado la unión irrevocable del tirano y su enemigo, su perseguidor, su matador, en la memoria de las generaciones. Sobre la tumba del déspota la posteridad mira la imagen vengadora del famoso escritor.

Con Montalvo comparten, además, la gloria de la muerte de García Moreno otros grandes inspiradores del entusiasmo, del valor y de los sacrificios por la libertad. Andrade explica: "Diré cómo había penetrado en mi ánimo este concepto" (el de matar al tirano en pleno día): "había yo leído a Plutarco y a Tácito, y me fascinaba la nombradía del *último romano*; había también leído la biografía de Guillermo Tell en *El Civilizador*, de Lamartine, los dictámenes acerca de Harmodio y Aristogitón, en Chateaubriand, la historia de estos héroes en el *Viaje de Anacarsis*; a Montesquieu, a Don Juan Germán Roscio, el austero liberal venezolano; a algunos de los escritores que ensalzan a Carlota Corday; por último, las alabanzas de la Biblia a la viuda de Bethulia. . . ."

Andrade confiesa, sin embargo:

"...pero nada había ejercido sobre mí mayor influencia que el siguiente pasaje de Montalvo: "Si un pueblo es oprimido, maltratado, extragado por el ahinco destructor de un malvado fuerte, levántese ese pueblo y dígalé: Llegó tu día, vas a morir, malvado! Hay conjuraciones santas: el que al frente de una vasta porción de ciudadanos se lanza hacia el tirano apellidando libertad, y le mata con su mano a medio día y en la plaza pública, no es asesino; será conspirador, en buena hora; pero gran conspirador, benefactor de la especie humana, familia de Séneca, cómplice de Quincianiano, amigo de Carlota Corday, bueno y glorioso personaje".

leyendo la narración histórica de Andrade es inevitable la convicción de que los ejecutores de García Moreno, el grupo de jóvenes denodados y generosos que al principio eran tres y luego fueron legión, los niños puede decirse que bajo la inspiración del espíritu de Montalvo concibieron, organizaron y consumaron el tiranicidio, obraron por patriotismo, movidos por un profundo sentimiento de honor, poseídos de una mortificante sensación de humillación y de vergüenza de que siendo hon-

bres consintieran en ser esclavos y permanecieran inertes, ante el dolor y el oprobio de su patria y permitieran indiferentes o paralizados por la vacilación y el temor la continuación de aquella espantosa perversidad absoluta, suprema, insaciable, irrefrenable en su embriaguez y su delirio de destrucción, de opresión, de depravación, de corrupción, de dolor, de exterminio, de sombra y de muerte. Montalvo les puso el cuadro ante los ojos y con la magia de su discurso creó en ellos el estado psicológico bajo el cual se han realizado todas las grandes proezas del hombre en la historia.

## II

### Montalvo. (**La Dictadura Perpetua**):

“García Moreno dividió el pueblo ecuatoriano en tres partes iguales; la una la dedicó a la muerte, la otra al destierro, la última a la servidumbre. Los muertos no pueden conspirar, los esclavos no se atreven. Los desterrados han conspirado mil veces. Injusto era el granadino que se proponía ir desde la gran Cundinamarca a libertar a los Ecuatorianos, para tener luego la satisfacción de abrir al mundo en Guayaquil “un mercado de un millón de cunucos”. Ha construído asimismo dos Bastillas, una para sus prójimos, otra para su familia. Cuando visita esa casa de dolor, ese presidio horrible, les dice a sus amigos: Aquí he de morir yo. El sabe que lo merece, y espera la justicia del cielo. El estreno de esa tumba de los vivos fué lastimoso: una mujer, una pobre niña descarriada, subió las funestas escaleras en medio de gendarmes, el lúgubre edificio cayó sobre su corazón con toda su pesadumbre, corrió hacia una ventana inconclusa, y se arrojó al patio de cabeza. García Moreno, triunfante, solemnizó esta fecha con un almuerzo singular: hizo freír los sesos de esa niña con la sangre de Maldonado, y se hartó hasta la borrachera. . . . García Moreno hace juzgar a los extranjeros por herejes y a otros los echan a palos de sus pueblos. . . . Es García Moreno, el jesuíta, hombre sin patria; no la tiene el que no la ama y la deshonra; no la tiene el que la escarnece y la embrutece; no la tiene el que la oprime y la mata. . . . El Perú sabe y ha visto la persecución de García Moreno a los miembros del Concejo Municipal de Guayaquil que protestaron patriótica, noble, altamente contra la ocupación de las islas guaneras por los españoles. El Perú sabe que García Moreno es reo de sus tribunales; preso legíti-

mo de sus cárceles; sabe que tiene allí causa criminal declarada con lugar a proceder; sabe que sus jueces le han juzgado por tentativa de homicidio; sabe y ha visto que el pueblo de Lima le seguía por las calles cuando huía medroso, a las voces de: "¡No hay quién mate a ese traidor!" "¡No hay quién mate a ese tirano!"... Sabe que en Piura le fusilaron en estatua por la espalda. El Perú y Bolivia y Colombia y Venezuela y Chile y Buenos Aires y todo el continente sabe que García Moreno propuso al señor Eriberto García de Quevedo entregar el Ecuador a España; sabe que escribió varias cartas al señor Trinité ofreciéndoselo a Francia, y ha leído esas cartas. . . . Un anciano, agobiado con el peso de los años y los males, se halla en el calabozo de un cuartel: cano, enfermo, triste, no dice nada ni se mueve. Llegan los verdugos, le toman, le arrastran al patio, le templan, le azotan. ¿Oyen ustedes? ¡Le azotan! ¿Han oído? ¡Le azotan! Y ese hombre es militar, general, veterano de la independencia. Después de azotado le echan fuera. A pocos días, como iba por la calle despacio, taciturno, cayó muerto. El corolario del azote debía ser el veneno: el tiranuelo temió la venganza del soldado. . . . ¿A dónde sois idos, justicia y honor de las naciones? . . . Al ser infausto que está condenado a muerte por el Tribunal del nuevo mundo, a las penas eternas por la justicia del Todopoderoso! . . . García Moreno no se va todavía, el esfinge no se mueve: su castigo está madurando en el seno de la Providencia; mas yo pienso que se ha de ir cuando menos nos acordemos, y sin ruido: ha de dar dos piruetas en el aire, y se ha de desvanecer, dejando un fuerte olor de azufre en torno suyo. . . . ¿Quién no sabe la ruina vergonzosa del Ecuador, bien así en lo tocante a la riqueza pública como a la particular? La moneda es desconocida, el ruín papel es el símbolo de los valores; y el pueblo, el pueblo que trabaja, el pueblo que suda, el pueblo que da de comer, no come; el pueblo tiene hambre, tiene hambre el pueblo, cosa horrible, cosa inaudita en Sud América! Los diez mil italianos de capilla, los veinte mil jesuítas, las cien mil genízaras que con nombres variados y pintorescos ha importado el viejo mundo, se comen lo poco que alcanza a producir un pueblo aherrojado. . . . Los frailes son los únicos que tienen dinero. . . . todos tienen rentas cuantiosas, todos tienen industrias, todos hacen milagros, desde el enviado del Papa, y a la sombra del tiranuelo, las iglesias están saqueadas, las custodias falsificadas, las imágenes desnudas. Un tal Tavani, internuncio, hizo tanto en Quito, que de vuelta a Roma, Antonelli le suscitó tres causas criminales, y una de ellas la de simonía. Pero como había llevado medio millón de pesos, él tuvo la justicia de su parte, y

hoy vive a lo cardenal en un palacio . . . ha repartido su ejército en cuatro divisiones "División del Niño Dios", "División del Buen Pastor", "División de las cinco llagas", "División de la Purísima". Y donde los regimientos se llaman en otras partes "Húsares de Apure", "Dragones de a caballo", "Granaderos de la Guardia", "Lanceros de la muerte", en el ejército de García Moreno se llaman "Hermanos Católicos", "Hijos de Su Santidad", "Guardianes de la Virgen", "Ejercitantes voluntarios". Pues han de saber ustedes que en el ejército de García Moreno entran a ejercicios, confiesan y comulgan desde los generales . . ."

### III

#### Andrade. (El Seis de Agosto):

"Elevóle a la Presidencia la Convención de 1861: sus primeras operaciones fueron poner la prensa y la educación . . . en manos de jesuitas extranjeros, y arrebatarles a los liberales nacionales, confiscar los bienes de algunos de éstos, expulsar a gran parte de ellos . . . humillar a la nación debajo de la silla romana por medio de un Concordato ignominioso. En 1862 arrastró a la nación a la frontera del Norte a combatir con una parcialidad colombiana . . . el origen de esta contienda . . . fueron . . . ciertos celos amorosos del tirano. Como fué vencido, y preso, degradó, empobreció, desangró a su patria infameamente. La bandera de los ecuatorianos quedó pisoteada en las cercanías de Tulcán . . . En 1863 . . . García Moreno volvió a arrastrar al Ecuador a la batalla de Cuaspud, en que otra vez el ejército católico, y, por consecuencia, el Ecuador, fué vencido, humillado, desangrado, empobrecido y pisoteado. Esta guerra fué con el objeto de extirpar la herejía allende el Carchi . . . En Abril de 1864, los señores Pinzon y Mazarredo, al mando de una escuadrilla española, ocuparon las islas de Chincha en el Perú. Todas las naciones de América se apresuraron a protestar en favor del Perú; pero sólo el Gobierno de García Moreno dirigió dos notas al Gobierno del Perú . . . en las cuales ofrecía *sus buenos oficios y su mediación para el arreglo de las cuestiones pendientes entre el Perú y España, que habían motivado la separación de las islas de Chincha.* Tal fue la cólera que le produjo esta nota burlesca (la contestación del Gobierno del Perú) que inmediatamente se puso de acuerdo con los señores Pinzon y Mazarredo y les ofreció socorros

marítimos en contra de la República Peruana. . . . El General Tomás Wright, jefe de otra conspiración a principios de 1864, hubo de salir a Lima, libre de la sentencia de muerte, por el valor de su ayudante . . . fué delatado este último y se le sometió a prisión. Llamábase Aguilar. García Moreno estaba en Guayaquil y le interrogó en persona: "He sido conspirador, respondió el joven, porque usted es un tirano". No fué posible arrancarle el nombre de ninguno de sus valientes compañeros; entonces García Moreno le mandó azotar en su presencia, y cuando ya le habían dado doscientos azotes, mandó suspender la ejecución y que se le diera a la víctima un vaso de vino . . . Aguilar bebió el vino y se incorporó y pudo hablar. Dígame usted, le interrogó García Moreno, si el General Wright está comprometido en la actual conspiración. "Nada sé", contestó el mártir. Furioso García Moreno ordenó que se le azotase todavía, y así lo ejecutaron hasta que la víctima perdió el conocimiento. . . Wright fué el héroe de la batalla de Bombóná en la campaña heroica de Bolívar. . . . En Manabí estalló otra conspiración de acuerdo con la que en Quito iba a acaudillar el General Maldonado; fracasó la de Manabí, salió prófugo el joven Eloy Alfaro. Albán fue remitido a Quito y fusilados cuatro patriotas. Fue descubierto el proyecto de Quito, cuyos principales autores, según conjeturas del tirano, eran el General Manuel Tomás Maldonado y el doctor Juan Borja. El proyecto fué sofocado en la sangre de los dos: el primero murió en el patíbulo, el segundo en un calabozo y colgado de una barra de grillos. A Maldonado le mandó fusilar en medio de un numeroso concurso. Borja fue sacado del calabozo para presenciar la ejecución de su amigo, y luego fué enviado otra vez a la prisión, colgado en la misma barra de grillos, donde murió sin que se supiera la hora y sin auxilio. En las fronteras del Perú estalló inmediatamente otra conspiración. . . . García Moreno. . . ordenó al General Flores, comandante en jefe del ejército, quien residía en Guayaquil, saliera a atacar a los revolucionarios. . . . Flores no lo hizo porque se hallaba enfermo de una enfermedad tenaz. . . el tirano lo trató de inepto y cobarde, previnióle que si en el acto no emprendía operaciones él partiría en el acto a Guayaquil y a patadas le haría marchar a la campaña. . . . Flores tuvo que partir enfermo. . . . y por fin pereció en uno de los esteros del Guayas. A pocos días murió en el cadalso el señor Campoverde, y en Pimocha un pobre anciano, quien no cometió otro delito que haber brindado por los conspiradores en el retiro de su hogar. . . . Vino el episodio horrible llamado Jambelí. . . . Encadenó a veintisiete prisioneros, se fué con ellos a lo largo de la costa, y los fué

fusilando en cada punto de descanso. No dejó uno-con vida. . . . fusiló a un pobre montañés, quien había ido a vender legumbres a bordo; iba a ser fusilado el Coronel Vallejo, cuando en el instante de subir al cadalso pidió a García Moreno pusiera en libertad a un hijo suyo, adolescente de diez y siete años, para que sirviera de apoyo a la madre. El tirano mandó suspender la ejecución, traer al dicho joven y fusilarlo en presencia de Vallejo; en seguida corrió la sangre de este anciano mezclada con la de su hijo inocente. El joven Darío Viteri encargó a un oficial entregara unas monedas de oro, lo único que tenía sobre sí, a la desventurada madre de Viteri; después de fusilado este joven, García Moreno mandó empapar las monedas en su sangre, y . . . las arrojó él mismo a las aguas del Guayas. Regresó a Guayaquil cuando ya no había ningún síntoma de guerra. . . . "Gloria a Dios que nos ha concedido la victoria", fueron las palabras con que comenzó una proclama: luego fué al templo y depositó, en una fiesta religiosa, a los pies de la Madre del Crucificado, su cuchilla de verdugo. En Guayaquil residían el doctor Viola, ciudadano argentino; mandóle llamar el tirano, díjole que en el equipaje de los vencidos había encontrado una carta revolucionaria suya, leyóse la, e inmediatamente fue fusilado. . . . Asignó una renta anual al Papa, prohibió la introducción de libros y periódicos sin el *visto bueno* de la Compañía de Jesús; dió a ésta la dirección de todos los colegios y aun de los cuarteles porque daban la comunión a los soldados; aumentó el número de sillas episcopales; protestó en documento oficial contra la ocupación de Roma por el ejército de Víctor Manuel, y además, pasó una circular a los gobiernos de las naciones amigas encareciéndoles signieran su ejemplo. . . . En Abril de 1872 mandó fusilar en Riobamba a un joven indio llamado Fernando Daquilema, sólo porque los indios de Cocha le miraban como a descendiente de sus reyes. . . . Muertos, desterrados, sumergidos en lamentable indigencia estaban casi todos los patriotas que con su valor o su talento, sus caudales o su crédito, sus familias o su vida, habían combatido a la tiranía desde 1860, sin cansarse ni humillarse. . . . Había despoblado al Ecuador: obra de veinte mil ecuatorianos vegetaban en regiones extranjeras en las costas americanas del Pacífico; ¿cuántos fueron los que murieron en las guerras, y fusilados, envenenados, perseguidos por aquel salvaje sin entrañas? Gran número yacía en la más terrible miseria, rotos los brazos, descarnadas las piernas, escuálidos, miserables, hambrientos, invalidados a causa de los azotes y torturas. . . . En cambio rebosaban en todas las ciudades sacerdotes extranjeros, corrompidos, ignorantes, sanguinarios, todos alimentados con el dinero

de la patria, señores de los hogares de los fusilados o proscritos. . . . A tal punto había llegado la soberbia de este hombre, que ya no consentía que nadie lo mirara sin postrarse. El menor gesto, la menor vacilación en sus mismos empleados, eran castigados con arrestes y látigos, cuando no con la pena de muerte, o con puntapiés y vituperios. Un día dió con la caja de rapé en la cara a uno de sus hombres de Estado, llamado Rafael Carvajal; otro día hizo rodar las escaleras a uno de sus primeros Ministros, el General Francisco J. Salazar. . . . Como un tribunal no hubiese mandado al cadalso a una infeliz homicida, cosa que la exigió el tirano, sino que la condenó a destierro perpetuo, García Moreno ordenó que los jueces se vistieran de soldados y escoltaran a la sentenciada hasta llegar a la frontera. . . . Confesábase y comulgaba García Moreno diariamente, salía en las procesiones a las calles, solo en medio de centenares de mujeres, y un día llegó a poner en sus hombros una enorme cruz de madera, y con ella recorrió algunas calles entonando letanías. Al que no se arrodillaba al pasar él le mandaba inmediatamente a la prisión. . . . nadie podía gozar los derechos de ciudadanía si no era católico romano. Según la Constitución de 1869, un estudiante, concluído el año escolar, no podía pasar al estudio de otra materia si no se confesaba y comulgaba. . . .”

#### IV

F. Hassaurek, Ministro de los Estados Unidos en el Ecuador, 1861—65. (*Four years among Spanish Americans, 1867*):

“Otra escandalosa práctica era la flagelación de hombres por orden del Presidente” (García Moreno), “y sin proceso o facultad legal. El número de azotes variaba de veinticinco a seiscientos. En 1860, un viejo General, mulato, de quien se dice que había servido con honra en las guerras de la independencia, fué aprehendido por orden de García Moreno—entonces jefe del llamado Gobierno Provisional—y recibió quinientos azotes, en presencia de la guarnición y probablemente de manos de los mismos soldados que habían estado bajo su mando. Poco tiempo después de este castigo, murió. No había sido convicto por un tribunal de jurisdicción competente, civil o militar. No se había formulado contra él ningún cargo. No se le permitió defenderse, sino que el castigo fué infligido al

mandato de un hombre, que no tenía derecho legal o constitucional alguno para juzgar ni castigar.

“Una expresión imprudente bastaba para condenar al sospechado. En 1861 un cierto Viteri celebró un bautizo en su casa. Entre los concurrentes había un oficial del partido del Presidente. Viteri, excitado por el vino y la alegría de la ocasión, señalando las charreteras del oficial dijo a éste que pronto le serían arrancadas de los hombros. Al día siguiente fué detenido, se le tuvo en prisión por algún tiempo y luego fué deportado a las selvas del Napo, con violación de la Constitución que expresamente prohibía tales deportaciones.

“El Presidente gustaba de descargar sus golpes en todas direcciones. Su látigo no sólo amansaba a sus adversarios políticos sino que también obstaculizaba el curso de la justicia. En 1861, un hombre que había sido encarcelado y procesado por homicidio involuntario, escapó de la prisión antes del día fijado para la vista de la causa. Fué capturado y el Presidente ordenó que se le diera cuatrocientos azotes y se le entregara luego a los tribunales civiles. En el juicio, este hecho fué comentado por el abogado defensor, quien sostuvo que un hombre no debía ser castigado dos veces por el mismo delito; que el acusado había sido ya flagelado hasta dejarlo casi muerto y no se le debía hacer sufrir más. El abogado fué bastante imprudente para insinuar que era impropio que el Presidente interviniera en la administración de la justicia. Apenas había salido del tribunal cuando fue arrestado y desterrado a Nueva Granada.

“En 1863, un boticario francés había suministrado medicamentos a la guarnición de Guayaquil por los cuales el Gobierno se negaba a pagar. El caso fué llevado a la Corte Suprema, la cual sentenció en favor del reclamante. El Presidente, profundamente indignado por esta decisión, ordenó que el pago se hiciera del sueldo de los jueces.

“Cuando Mosquera, Presidente de los Estados Unidos de Colombia (Nueva Granada), derrotó las fuerzas ecuatorianas bajo el General Flores en Cuaspud, y tomó en consecuencia posesión militar de la provincia de Imbabura, varios individuos intentaron un pronunciamiento en favor del General Mosquera. Fueron arrestados y a la restauración de la paz fueron entregados a los tribunales civiles. El juez del crimen los encontró culpables de traición, y de esta decisión ellos apelaron. Improvisamente al Presidente se le ocurrió intervenir y ordenó que se les pusiera en “*la vara*”, que es un instrumento de tortura semejante al cepo inglés, con la sola diferencia de que el prisionero descansa sobre la espalda, posición que es

casi imposible para él cambiar porque sus piernas están aprisionadas en el cepo. El Juez que los había declarado culpables protestó contra esta tortura por inconstitucional e ilegal, observando al mismo tiempo que la prisión en que los acusados estaban era perfectamente segura, que no había peligro de que se fugaran y que semejante crueldad era innecesaria. El Presidente, enfurecido por esta protesta, hizo saber al Juez que le permitiría convencerse por propia experiencia personal de que la *vara* no era un instrumento de tortura. En otras palabras, amenazó al juez con ponerlo en el cepo. El juez se retiró y presentó su renuncia, que no le fué aceptada. Los hombres, sin embargo, permanecieron en el cepo hasta que plugo al Presidente libertarlos.

“En 1864 el General Maldonado se había hecho conspicuo como jefe de una conspiración cuyo objeto era libertar al país de la tiranía de García Moreno. Fué descubierta y muchos de los conspiradores fueron enviados a las selvas del Napo. Maldonado logró huir a las montañas, para dirigirse al Perú, pero fué capturado y llevado a Guayaquil, después de una agitada persecución de varias semanas. El Presidente García, que se encontraba en Quito, dió orden inmediatamente de que el prisionero fuera enviado a la capital. El pobre hombre sabía que éste sería su último viaje y suplicó en todos los tonos que se le permitiera salir del país. El general que mandaba en Guayaquil declaró su disposición de dejarlo partir si depositaba en el banco de Guayaquil la suma de \$ 30 000 como garantía de su buena conducta en lo sucesivo. Los amigos del prisionero no pudieron o no quisieron levantar esta suma. Sabían bien que tal cantidad, si fuese depositada por ellos, sería en el acto tomada y gastada por el Gobierno. Así Maldonado fué enviado a Quito. Una vez allí se le llevó sin demora a la presencia del Presidente, quien vituperó su conducta y ordenó que lo sacaran a la plaza, frente al Palacio de Gobierno, para su inmediata ejecución. La ciudad toda se sintió atónita, y muchos apresurados esfuerzos se hicieron para salvar la víctima, pero el Presidente era inexorable. Las simpatías del pueblo estaban con Maldonado. Hasta los soldados designados para disparar contra él, apenas podían contener las lágrimas. Si Maldonado hubiera arrebatado la espada de las manos del oficial que mandaba las tropas en la plaza, habría podido hacer una revolución afortunada y vuelto la suerte de las cosas contra su enemigo. Los soldados lo habrían aclamado y obedecido y el pueblo le habría saludado como su libertador. Pero su espíritu se había roto. Su esposa llegó y tuvo lugar en la plaza una escena que recordarán los que la presenciaron hasta el día de su muerte. El

último adiós de los esposos fué desgarrador. La señora de Maldonado tuvo que ser arrancada de los brazos de su esposo y alejada de allí casi insensible. Apenas habría andado una cuadra cuando oyó la descarga de los mosquetes que cortaban la vida de su esposo. Cayó al suelo con un grito frenético. El Presidente García estaba en su oficina, en el Palacio, y pudo haber presenciado, y probablemente, presenció, la ejecución, la cual se consumó bajo sus propias ventanas. Este horrible suceso extendió una lúgubre sombra sobre todo el país. Y no era sino el precursor de hechos más espantosos.

“En 1865 se hizo otra tentativa por el partido de Urbina para derribar a García Moreno. Como treinta hombres resueltos se apoderaron del vapor de río *Washington* en uno de sus viajes regulares de Bodegas a Guayaquil, y a la llegada a este último punto lo aproximaron al solo vapor de guerra que el Gobierno del Ecuador tenía y el cual se encontraba anclado en medio de la corriente. El capitán y la tripulación del barco de guerra, que nada sospechaban, se dejaron sorprender. El capitán fue muerto, sus hombres fueron dominados, y el vapor de guerra, lascados sus cables, fué remolcado río abajo por el otro vapor. Todo fué hecho tan sin miedo y tan rápidamente que ambos vapores se habían perdido de vista antes de que las baterías de tierra pudieran alistar sus cañones. El golpe fué dado tan repentinamente y tan bien que si los revolucionarios lo hubieran hecho seguir inmediatamente de un ataque a Guayaquil con los pocos hombres que tenían, habrían podido tomar el lugar, considerado siempre como llave militar y política de la República. Pero dejaron escapar la preciosa oportunidad. Perdieron casi un mes en la inacción, rondando en la boca del río con una pequeña escuadra que habían formado y esperando refuerzos y auxilios de sus amigos en el Perú. Entretanto García Moreno... se había trasladado a Guayaquil, lo había puesto en estado de defensa, y se había preparado para tomar la ofensiva. A fuerza de grandes empeños levantó una gran suma de dinero con la cual compró un vapor mercante de los agentes de la Compañía Británica de Navegación del Pacífico, a un precio enorme... En este vapor se embarcó para atacar la escuadra enemiga, que consistía de dos vapores de mar, uno de río y dos barcos de vela. Todas las probabilidades estaban contra él, pero logró tomar a sus descuidados enemigos completamente por sorpresa. Uno de sus vapores mayores no había hecho siquiera vapor cuando García Moreno apareció. En el acto los atacó, embistió al vapor de guerra que había apresado y lo hundió después de un combate de media hora. Capturó todos los otros buques junto con un número de prisioneros que no tuvie-

ron tiempo de ganar la costa y huir al Perú. Y luego comen-  
zaron las ejecuciones. A dos de los prisioneros los fusiló  
inmediatamente, a bordo de su propio vapor. En la tarde del  
mismo sangriento día, fusiló doce o quince, y seis o diez el día  
siguiente, antes de su regreso a Guayaquil. Tenía tal prisa de  
matar, que dos hombres fueron ejecutados sin que la parti-  
da triunfante se hubiera tomado la molestia de preguntar-  
les sus nombres. Estas víctimas, no debe olvidarse, no fueron  
sacrificadas en el calor del combate. Erau prisioneros cuya  
ejecución fué ordenada después de la batalla. Ningún consejo  
de guerra los había condenado a muerte. El Presidente mismo  
los interrogó y eligió entre ellos sus víctimas. Una lista de  
ellas fué después publicada en Guayaquil, la cual concluía con  
la siguiente característica adición: "*y dos más cuyos nombres se  
ignoran ...*" Pero el hecho que ahora voy a relatar es inex-  
cusable. Es un asesinato a sangre fría, casi sin paralelo en la  
historia de las conmociones civiles.

"El doctor Viola, abogado de Guayaquil, un erudito y un  
caballero, simpatizaba con la oposición. Se sabía que desa-  
probaba las despóticas, ilegales e inconstitucionales medidas  
del Presidente García Moreno. Este era su único crimen.  
Ningún otro podía haberse probado contra él. El día del re-  
greso triunfal del Presidente a Guayaquil, después de su victo-  
ria naval en Jambelí, García Moreno expidió un decreto de des-  
tiero contra el doctor Viola, y le ordenó que saliera del país  
por el primer vapor. Aquella misma noche, el Presidente, le-  
yendo los papeles encontrados a bordo de los buques captura-  
dos por él, descubrió una carta dirigida por el doctor Viola a  
un señor Yerobi, ecuatoriano desterrado en el Perú, quien, aun-  
que hermano político del General Urbina, jefe del partido re-  
volucionario, había permanecido tranquilamente en Lima, como  
se supo después, mientras se desarrollaban los acontecimientos  
que he narrado. Su familia había permanecido en el Ecuador,  
y como Yerobi era muy pobre sus deudos le enviaban ocasio-  
nalmente dinero al Perú. . . . Para la remisión de estas sumas al  
Perú, se valían de los servicios del doctor Viola, su abogado en  
Guayaquil, quien también transmitía su correspondencia priva-  
da. Pero como generalmente se creía que las cartas dirigidas a  
los ecuatorianos refugiados en el Perú, eran detenidas o abier-  
tas en el correo del Ecuador, la práctica común era dirigir las  
cartas a nombres ficticios, previamente convenidos. El doctor  
Viola siguiendo esta precaución, notificó a Yerobi en una breve  
nota el pseudónimo bajo el cual serían enviadas sus cartas. Es-  
ta nota jamás llegó a manos de Yerobi. Su hermano político,  
el General Urbina, la recibió para él en Paita, y la llevó consigo

serrada cuando emprendió su expedición. Así vino a caer en poder de García Moreno, después del combate de Jambelí. No llenaba una página de papel de carta. Yo la ví y la leí con mis propios ojos, y recuerdo perfectamente su contenido. No probaba nada; no daba lugar a presunción alguna. La suspicacia de un déspota podría haber visto en ella una circunstancia sospechosa, pero era susceptible de una explicación satisfactoria. En todo evento, no era suficiente para destruir por sí sola, sin el apoyo de otras pruebas, la presunción legal de la inocencia de su autor. Ningún tribunal civilizado lo habría condenado por semejante documento. Ni siquiera un consejo de guerra de la propia elección de García Moreno lo habría encontrado culpable. Los principales funcionarios del Presidente, con una sola excepción, eran opuestos a la ejecución; pero tales consideraciones eran vanas con García. Temprano en la mañana del día siguiente al de su regreso de Jambelí, envió por Viola. Le mostró la carta y le preguntó si él la había escrito. "¿Es esta su firma?" "Sí, señor; sí es". "Entonces, usted es un traidor, y como tal, usted será fusilado esta tarde a las cinco".

"La horrible noticia se propagó como un incendio por todo Guayaquil produciendo universal consternación y horror. Todo el mundo sentía que la espada de Damocles estaba suspendida sobre su cabeza. La Constitución prohibía la pena capital en casos políticos. Según otra disposición del mismo instrumento, el Presidente era un mero ciudadano privado cuando se encontraba fuera de cierta distancia de la Capital, y el poder ejecutivo pasaba temporalmente al vicepresidente. Y sin embargo García Moreno quitaba la vida a un hombre inocente, sin autoridad legal alguna y sin causa ni excusa. Todo el mundo intercedió por su vida. El obispo, el clero, la anciana madre del Presidente, una venerable señora que tuvo que ser llevada a la Casa de Gobierno en una silla de manos; los principales comerciantes y banqueros, los amigos personales y políticos del Presidente, los cónsules y residentes extranjeros, imploraron por la vida de Viola, pero García Moreno era inexorable. Cuando alguien sugirió que sería mucho mejor desterrar a Viola, él contestó burlándose. *Se va para el otro mundo.* Personalmente Viola era muy popular. Todo el mundo lo conocía y todo el mundo lo quería. Durante todo el día el Presidente fué asediado con súplicas para que le perdonara la vida, pero en vano. Ninguna otra declaración pudo arrancarse de sus labios que la dura sentencia: "Será fusilado esta tarde a las cinco". Cuando el obispo observó que tal ejecución sería una violación de la ley y una infracción de la

Constitución, el Presidente replicó que, siendo imposible salvar al país de la anarquía gobernándolo de acuerdo con la Constitución, él había asumido la responsabilidad de gobernarlo conforme a su propio concepto del derecho y de la necesidad pública. . . . Mientras la ciudad entera asediaba al Presidente rogándole que conmutara la terrible sentencia, Viola yacía con grillos, y así se le mantuvo aherrojado hasta que llegó la hora fatal. No se le permitió ver ni despedirse de ninguno de sus amigos. Sólo uno de éstos fué admitido a su prisión, y a él le dictó su última voluntad y algunas cartas privadas. A ninguna otra persona se le permitió verlo y él por su parte rehusó ver al sacerdote que el Gobierno le envió. Estuvo en prisiones de hierro hasta que se le condujo a la ejecución. Cuando pidió que le quitaran las esposas por unos minutos para escribir una carta a una señora amiga, sus guardianes dijeron que no tenían autoridad para conceder esta súplica. A las cinco, se le llevó a la sabana o pampa, a espaldas de la ciudad. Aquí le quitaron las cadenas y fué fusilado por detrás como un traidor. Inadvertidamente sus verdugos le hicieron arrodillarse cerca de un nidal de hormigas negras que cubrieron su cuerpo tan pronto como cayó y antes de que la vida se extinguiera. Hubo que hacerle una segunda descarga, porque la primera no lo había matado. A nadie se le permitió asistir al entierro. Hasta se le negó cristiana sepultura.

"Pero no puedo concluir esta historia de horrores sin referir otro hecho todavía más repugnante en sus detalles que el asesinato de Viola. Poco tiempo después, el Presidente regresó a Quito a inaugurar las sesiones del Congreso. En Bodegas, en camino para la capital, pidió una lista de las personas que habían estado en prisión por orden de las autoridades locales. Esta lista contenía, entre otros nombres, el de un pobre viejo, vecino de la aldea de Pimocha, en las cercanías de Bodegas, quien, hallándose en estado de embriaguez, había vitoreado al General Urbina, jefe del partido revolucionario. El Presidente ordenó que lo enviaran a Pimocha en una canoa y que fuera ejecutado allí aquel mismo día. Tan luego como la canoa hubo partido con la víctima, el gobernador y los principales ciudadanos de Bodegas, visitaron al Presidente y le aseguraron que el hombre que acababa de sentenciar a muerte era enteramente inocente. Le probaron a su absoluta satisfacción que el pobre hombre había sido siempre conocido como un firme sostenedor del Gobierno, y que sólo una ocasión, bajo la influencia del licor y sin saber lo que decía, había dicho algunas palabras en favor del General Urbina. El Presidente vió que había cometido un funesto error y despachó una

segunda canoa a Pimocha con la orden de suspender la ejecución. Pero el mensajero de gracia llegó demasiado tarde. Cuando su canoa surgió a la vista del pueblo, oyó él los disparos de los mosquetes que hacían su sangrienta obra.

“La mayoría del Congreso era opuesta a García Moreno y su política. . . . pero García no era el hombre para dejarse contrariar ni molestar por los representantes del pueblo. A momento desterró a algunos de los miembros de la oposición al Perú y Nueva Granada, y así intimidó a los pocos a quienes permitió permanecer. Y así, cuando la viuda del General Maldonado acusó al Presidente del asesinato de su esposo y pidió una investigación, el Congreso rehusó considerar la acusación, y votó las gracias de la nación a García por la energía y prontitud con que había repelido la invasión de Urbina y derrotado al partido revolucionario en Jambelí. . . .”

“En los comienzos de la administración del señor Moreno, un pobre diablo, un señor Riofrío, confiando en las promesas que el partido triunfante había hecho antes de llegar al poder, intentó publicar un periódico de oposición en Quito, pero fué inmediatamente perseguido por las autoridades y debió su salvación a una rápida fuga por las más intrasitadas veredas de la Cordillera. Yo lo ví cuando llegó a Tumaco, en Nueva Granada, con los pies ulcerados, agotado por las penalidades y la fatiga. . . .”

## V

Hassauret escribía como hemos visto en 1865. La tiranía de García Moreno comenzaba entonces. Estaba en su primer período. Vendría después la constitución de 1869, que haría perpetua su dominación por medio de la reelección. Los horrores que el Ministro norteamericano vió y refirió en su libro, se repetirían después y se prolongarían indefinidamente, indescriptiblemente, hasta el año providencial de 1875 en que el hierro piadoso de la justicia humana bella y gloriosamente presentada por la flor de la juventud ecuatoriana, cortó la vida de aquel feroz asesino.

Ante el testimonio histórico de sus increíbles crímenes y de su furibundo y tenebroso despotismo, ¿quién dice, quién puede decir que García Moreno no merecía la muerte? Aunque no hubiera sido la fiera desesperada, desenfrenada e insaciable que fué; aun cuando no hubiera sido el verdugo, el asesino, el monstruo que fué; si no hubiera sido sino la opresión

pura y simple, la tiranía sin sangre y sin excesos atroces y salvajes, habría merecido morir como murió; habría sido bueno y grande y santo y glorioso matarlo como lo mataron los nobles y heroicos e inocentes conjurados del 6 de Agosto, los cruzados espirituales, los discípulos de Montalvo.

García Moreno acababa de reelegirse. Su plan era la dictadura perpetua. Fué este plan lo que dió tema y título al folleto de Montalvo que inflamó de entusiasmo y de valor el corazón de Andrade y de Cornejo y les infundió a idea y la resolución del tiranicidio. La promesa para el Ecuador era de cárceles, de torturas, de cadalsos, de asesinatos, de destierros, de deportaciones y confinamientos, de duelo, de lágrimas, de terror, de fanatismo religioso, de ignorancia, de ruina, de sombra, de ignominia, de barbarie, por toda la vida del monstruoso malvado.

Nada podía haber más urgente, ni más importante, ni más patriótico, ni más civilizado, ni más humano que frustrar este plan, burlar esta promesa, cambiar este destino, salvar al Ecuador de este infortunio y a la humanidad de este espectáculo.

Mas, ¿cómo hacerlo? No había sino un medio infalible: la muerte. Y fué esto lo que vieron y comprendieron Andrade y Cornejo y Moncayo y Polanco y toda la brillante legión de conjurados del 6 de Agosto, los jóvenes sin miedo, sin egoísmo y sin tacha que llevaban en su alma la chispa de Montalvo.

Que estos jóvenes hayan sido iguales a la situación y a su mandato, imperioso, inaplazable; que hayan tenido el valor y la inteligencia de traducir en realidad su concepción y su visión; que hayan sido capaces de detener y trastornar con su brazo el curso de las cosas para prestar a la patria, a la libertad, a la humanidad y a la civilización un supremo servicio, será eternamente honra de ellos y honra del Ecuador, y orgullo y admiración de todos los hombres de corazón y de conciencia en el mundo.

El Ecuador clamaba por un libertador, uno solo, un hombre auténtico, que ahogara al monstruo en su propia sangre y redimiera de su oprobio a la especie humana; y no sólo tuvo uno sino muchos, una legión. Este es su mayor lustre y su mayor prez.

No se concibe en verdad que García Moreno hubiera muerto de otra muerte. Habría sido una desgracia y una vergüenza que hubiera muerto en su cama. La conciencia humana no se habría consolado nunca de esta injusticia; y el Ecuador, como dijo Montalvo, habría quedado señalado para siempre con la marca del esclavo.

Estaba en la lógica y en la armonía de las cosas que un hombre que había vivido matando a hierro, muriera matado a hierro. En verdad, era la única muerte digna de García Moreno.

VI

En el drama de la muerte de García Moreno entraron otros elementos que el entusiasmo, el impulso, las pasiones sublimes del grupo de mancebos intrépidos que desafiaron el peligro y el sacrificio por la libertad y la dignidad de su patria. Entró también la venganza personal de un hombre ofendido. Entró, además, la ambición personal o el odio personal de un hombre siniestro, insensible y terrible en la ejecución de sus designios de ambición o de odio. Todos no fueron en la aplicación de la sentencia que habían pronunciado contra García Moreno, los unos, vengadores de la libertad y de la patria, el otro, vengador de un intentado ultraje a su honor, y aborrecedor del tirano por tiran, sino instrumentos de una satánica intriga urdida por la ambición de un hombre inhumano como el propio García Moreno, de quien era Ministro de Guerra, y cuyo cadáver su ambición o su odio de esclavo, demandaba.

Este hombre era el General Francisco Javier Salazar.

“Le han quitado la vida unos cuantos Mucios”, escribió Montalvo, refiriéndose a los matadores de García Moreno, “romanos de pelo en pecho, no por apartar a un lado su persona, sino por destruir su obra, jurando ante los dioses, puesta la mano en el brasero, que no pensaban cometer vileza ni delito”. Es verdad. Pero aquellos honrados y osados adolescentes, admirables por su valor y su belleza, y aquel silencioso y misterioso colombiano, figura central del drama, sin cuya determinación García Moreno no habría muerto el día en que murió, ignoraban que la arteria de una ambición cobarde o de un odio medroso que lo esperaba todo de la vileza y del delito, en la sombra y desde lejos los movía, los engañaba, los explotaba, los lanzaba a la emboscada de la perfidia y de la traición, mientras se preparaba a inmolarlos y a recoger en los despojos de la catástrofe la herencia ensangrentada del despotismo. Y es lo cierto, sin embargo, que sin la cooperación de la traición, el tiranicidio en la persona de García Moreno no se habría consumado aquel día. Fué la traición quien garantizó el éxito de la conjuración. Ella la estimuló, la sostuvo, consolidó su fe y

la hizo por último posible. Sin su ruín y criminal complicidad, García Moreno habría muerto también, asesinado por las manos puras y purificadoras de la juventud ecuatoriana, cuya resolución de matarlo era irrevocable, aunque los comprometidos en la conjuración de julio de 1875 habrían probablemente sucumbido en el cadalso si la combinación del 6 de agosto se hubiera desvanecido como a la orilla estuvo de desvanecerse, o se hubiera malogrado de algún modo, pues había indicaciones de que el complot estaba descubierto y existe la versión de que García Moreno se encaminaba al Palacio a dictar órdenes de prisión y de muerte cuando fué detenido por el fulminante acero de Rayo.

Tantas y tan frecuentes eran las advertencias y alarmas y denuncias de conspiraciones para asesinar al tirano, que García Moreno ya no quería escucharlas y había concluido por entregarse a la *voluntad de Dios*, convencido de que ninguna medida de protección sería eficaz para escudarlo del enjambre de enemigos que deseaban su muerte y trabajaban por ella.

En el año de 1869 hubo cuatro conspiraciones en Quito contra la vida del tirano, organizadas todas por hombres de importancia, prominencia y responsabilidad en la sociedad, en la política, en las profesiones, en los negocios. En Cuenca hubo otra conspiración en el mismo año, la cual fué descubierta y castigada con la sangre de los conjurados. En 1873 hombres de rango y distinción tramaron otra conjuración en Guayaquil para matar al facineroso cuando se dirigiera al muelle a embarcarse. El inesperado acompañamiento de una fuerte escolta lo salvó esta vez. En 1874 otra conjuración fué descubierta en Guayaquil. Esto sin contar por supuesto las conspiraciones revolucionarias de 1870, 1871, 1872 y 1873.

Pero la juventud de la conjuración se componía de adolescentes demasiado inexpertos y demasiado sencillos para una empresa semejante. ¡Ni siquiera tenían armas! Carecían hasta de dinero para comprarlas. El puñal de que Andrade al principio se había equipado, movió a risa a sus compañeros, y tuvo que abandonarlo "porque acaso no era útil ni para degollar una paloma". La víspera de la grande hazaña, el 5 de Agosto, Andrade y Mencyo estaban todavía desarmados. Mencyo tenía "un buen revólver", pero no tenía cápsulas y estaba deliberando concurrir al combate desarmado. "Acuérdome, dice Andrade, que cuando ya salíamos, en consideración a que no tenía un centavo en los bolsillos, regresé y tomé un cóndor", de un dinero que le había enviado su padre para que lo cambiara por billetes. Fué apenas unas horas antes del suceso cuando Andrade se provió de una arma de fuego, un revólver, el cual obtuvo en un almacén

francés, a donde podía comprar a crédito bajo la responsabilidad de su padre". "El revólver era pequeñísimo, de baquetilla, sistema Lafouchet, cápsula del tamaño de un garbanzo". La reflexión que guió a Andrade en la elección de un arma tan temible fué justamente sugerida por la pequeñez, porque le pareció "que mientras más pequeño era mejor, porque así había facilidad para ocultarlo en el bolsillo". "Eramos muy inexpertos", exclama él mismo. Y antes: "Yo era aun muchacho. Moncayo era quien, en cierta manera, vigilaba mis acciones por recomendación de mis padres ausentes". Con este revólver, Andrade disparó sobre el rostro de García Moreno al interponerse entre él y las puertas del Palacio hacia donde el monstruo huía perseguido por la certera, la infatigable cuchilla del colombiano Rayo. Con este revólver, Andrade descargó un recio golpe sobre el pecho del tirano y lo hizo retroceder dando tiempo a Rayo para alcanzarlo y caer de nuevo sobre él como un león. Hablando de estas cosas aquí en Nueva York me ha referido el mismo Andrade que el médico que hizo la autopsia del cadáver de García Moreno le encontró en la frente una pequeña abolladura. Era todo el estrago de la bala del revólver de niño con que Andrade había pensado matar al tigre. Cornejo compró un revólver el mismo 6 de agosto, en una barbería en que se cortó el pelo en la mañana.

## VII

Los tres iniciadores del complot, primero concebido en la reunión oculta y nocturna en que Andrade leyó con gran sigilo a sus dos amigos y compatriotas *La Dictadura Perpetua*, fueron Manuel Cornejo Astorga, Florentino Uribe y Andrade. Cornejo era el mayor y a lo sumo contaba veintiseis años. "Era ilustrado, investigador, estudioso: había salido de la Universidad dos o tres años antes, y guardaba como un tesoro una colección de escritos antiguos relativos a la historia de su patria". Uribe era un estudiante de medicina. Los dos eran de Quito, Andrade de Imbabura, pero había hecho sus estudios en los colegios de Quito. En 1875 era estudiante de la Universidad. "En los días de la conspiración preparaba mi grado de doctor", dice él mismo. Era ya periodista y redactaba en esos días *El Alba*, "periodiquillo literario", dice, a cuya redacción pertenecían también otros estudiantes, algunos de los cuales habían nacido, empero, no como Andrade, para la rebeldía, el combate y el sacrificio, sino para la vida normal y floreciente

de los explotadores de lo que existe. Confiaron su destino estos parásitos, a la gracia del despotismo que encontraron reinando cuando abrieron los ojos; y con una amargura y un desprecio muy familiares a nuestro corazón, que como el suyo conoce todas las lecciones de la adversidad y del destierro, Andrade dice de ellos: "uno es ahora Ministro en Roma, otro Rector de la Universidad de Quito, otro vocal de una de las Cortes de Justicia"; mientras él no era *nada*, un proscrito, perseguido encarnizadamente aun en el destierro por los albaqueas del despotismo, pero con un nimbo sobre su frente.

El grupo inicial de tres quedó luego reducido a dos por la separación de Uribe, pero pronto fué otra vez de tres por la incorporación de Abelardo Moncayo, de Quito, profesor, orador y poeta, de familia distinguida, joven, de la edad de Cornejo. Agregóse más tarde el Coronel José Antonio Polanco, "de la nobleza de sangre de Quito", dice Andrade, y quien ya conspiraba con Moncayo en otro plan de origen distinto y de idéntico fin. Otra adición fué Rafael Portilla, contemporáneo de Cornejo, y también de familia distinguida. El trajo a la conspiración a Francisco Hipólito Moncayo y a Juan Elías Borja, cuyo padre había matado García Moreno en la tortura. Y Teodoro y Adriano Montalvo, sobrinos del gran Montalvo; y Simón Cárdenas, y Pablo Roberto Arias, todos condiscípulos de Andrade y jóvenes como él de veinte años.

"Levantáronse un día unos adolescentes, se estregaron los ojos, y vieron: una aurora viva, hermosa, se les entró por ellos, y les iluminó las entrañas. Sintieron con esa luz grandeza en el corazón, fuerza en el brazo, se fueron para el tirano de su patria, y le mataron. . . . Tres barbiponientes hubo que me siguieron por mi carrera de hombre sin miedo. . . . Si algo he podido ha sido en los jóvenes, en las universidades, los colegios. . . . Casi todos los del 6 de agosto fueron estudiantes: Manuel Cornejo, apasionado por el estudio de las antigüedades; Abelardo Moncayo, poeta; Roberto Andrade, barbiponiente de la Universidad de Quito. Los treinta del 6 de agosto. . . todos fueron muchachos. Los libertadores nunca han sido viejos". (Montalvo, *Catilmarias*)

Y todos eran hombres cultos, educados, ilustrados; todos eran hombres de hogar, todos eran hombres decentes, hijos de familias notables y distinguidas. Todos eran almas moldeadas por las manos finas, tiernas, cándidas, cristianas y devotas de la mujer ecuatoriana. Todos eran hombres de virtudes privadas y públicas, de aspiraciones generosas, de amores eminentes, la gloria, la belleza, la patria, la libertad, el heroísmo, el sacrificio. Todos eran hombres de honor. Todos eran capaces de hacer o

de escribir la historia. Todos eran hombres de esperanza, de porvenir, de horizonte. Es muy importante todo esto para el juicio definitivo del acontecimiento del 6 de agosto en su inspiración y en sus motivos. Hombres como los matadores de García Moreno fueron los precursores, iniciadores y conquistadores de la independencia de América. Ellos ejecutaron el 6 de agosto un acto tan necesario, tan justo, tan piadoso, tan filantrópico, tan esencial a la salud de la sociedad, tan caro a la civilización, como la revolución contra el despotismo colonial español. Ellos mataron para vengar el dolor y la muerte de tantas víctimas preciosas e inocentes y para salvar del dolor y de la muerte a innumerables víctimas. El tirano era de hecho una furibunda e insaciable agencia de dolor y de muerte. Era la ceguera, la crueldad, la inhumanidad, el terror, el pavor. Era el demonio. El había desconocido y ofendido y herido brutal y atrozmente las cosas más fundamentales, respetables y sagradas de la vida, el amor del padre y de la madre por su hijo, el amor del hijo por su padre y por su madre, el amor de los hermanos, el amor de los amantes. Su ferocidad no tenía límites, ni tenía más objeto que la satisfacción de una sed y un hambre infernales de sangre, de cadáveres, de dolor. Era voraz y lóbrego como un cuervo, gustaba de la sangre como un vampiro y en su fiereza y su ferocidad era una pante-ra. La sangre era su licor y su embriaguez. Vivía ebrio de sangre. Derramarla era su placer, su pasión, su vicio, cual si haciéndola correr la bebiera en cierto modo su espíritu. La vista de la sangre, la sensación de la sangre vertida, parecían clamores desesperados de su bestialidad. Los hombres sucumbían como reses bajo el hierro y el plomo de su dictadura, y el país no era sino un inmenso matadero humano. Los buques nacionales, las plazas públicas, los caminos, las cárceles, eran sitios de suplicio, de ejecución y de muerte. Su larga tiranía no fué sino una larga carnicería, un carnaval de sangre.

No podía, pues, haber obra más caritativa, ni más misericorde, ni más magnánima, ni más religiosa, ni más conforme con la naturaleza y con la voluntad divina, que matarlo.

A la luz de los hechos, y de la razón humana, y de la conciencia humana, y del corazón humano; a la luz de la naturaleza y del cielo, los que mataron a García Moreno prestaron un altísimo, un inmensurable servicio, a Dios y a la Humanidad.

## VIII

La alternativa era matarlo, o permitir que continuara indefinidamente su negro reinado de sangre, de cadáveres, de males sin cuento, de inauditos e irreparables agravios a Dios y a la Humanidad. El suplicio de la barra de hierro, el suplicio de las flagelaciones, desde veinticinco hasta seiscientos azotes; los fusilamientos, los asesinatos, las proscripciones, las deportaciones, la esclavitud más abyecta, asfixiante e insufrible, o el cadáver ensangrentado de García Moreno, no había otra alternativa.

Hombres de honor y de corazón, hombres de vergüenza, hombres de conciencia, hombres de patria, hombres dignos de la libertad, hombres viriles, hombres cultos, hombres de luces, poetas, escritores, intelectuales, discípulos de Montalvo, los hombres que mataron a García Moreno no podían haber hecho sino lo que hicieron. Confrontados en la aurora de la vida por el dilema que el despotismo de García Moreno presentaba a la generación de que formaban parte, y en general a todos los hombres y a todas las mujeres del Ecuador, ellos respondieron unánimemente con la vigorosa afirmación de una sentencia de muerte.

¿Es qué podían hacer otra cosa? ¿Qué habría sido de ellos y de su patria si no hubieran sido los hombres que eran?

Matarlo era un acto de inteligencia, un acto de valor, un acto de honor, un acto de conservación, un acto de vida. No matarlo habría sido un acto de villanía, de cobardía, de oprobio, de muerte. Habría sido un acto de inhumanidad. Habría sido sobre todo un acto de complicidad con el tirano. Habrían asumido desde aquel momento la responsabilidad de los crímenes y las abominaciones y desolaciones del despotismo, y se habrían hecho merecedores de la ignominia de vivir y morir esclavos.

La suerte de la patria estaba en las manos de esta generación. La existencia del despotismo dependía de su resolución frente al dilema de vida o muerte de la persona del monstruo. Si moría sería por obra de ellos. Si subsistía sería por obra de ellos. Ellos eran, sin cuestión alguna, los árbitros del destino. Ellos mismos no lo sabían. García Moreno no lo sabía tampoco. Pero a esta distancia se ve hoy con plena claridad que ellos eran los instrumentos o los factores naturales de lo desconocido en el curso ordinario y eterno de las cosas y que del

movimiento de su voluntad surgiría la noche o brotarían las corrientes del progreso y de la historia.

Ellos decidieron la muerte, que era un grande acto de vida y de inmortalidad. Esta decisión contenía la expresión toda, y toda la misión de aquella generación. Aquellos hombres por el corazón y por el espíritu, si no por la edad, no tenían en verdad otra cosa que hacer que matar a García Moreno. Con García Moreno en el solio ellos estaban privados de todo en este mundo, de su parte de sol, y de aire y de agua. El era el usurpador, el defraudador, el constrictor, el muro negro, la tiniebla, la copa de hiel, la piedra sepulcral. No era difícil que ellos tuvieran la comprensión clara de este hecho; pero tuvieranla o no, es evidente a la distancia a que estamos de aquellos tiempos que si los conjurados del 6 de agosto no hubieran matado a García Moreno, García Moreno los habría matado a todos ellos tarde o temprano, o los habría aniquilado en sus suplicios, o los habría inutilizado para la patria en el destierro, porque ninguno de ellos había nacido para la resignación y el envilecimiento de la esclavitud, y hombres de coraje y a tavez habrían sido enemigos agresivos y constantes del tirano.

Fué una cosa de sabios, de sabios inspirados, la muerte del monstruo. Ellos supieron que debían matarlo, y supieron matarlo. Esta es la suma sabiduría en tales circunstancias. Fué una cosa de héroes, no sólo porque arriesgaban sus vidas, sino por las condiciones en que se ofrecían al peligro y por la atmósfera de terror y las preocupaciones y los prejuicios que tuvieron que vencer. Fué una cosa de conciencia, porque todos eran inteligentes e ilustrados y su conclusión de la muerte fué el resultado de la deliberación y el estudio.

Jamás se mató con más justicia; ni jamás un malhechor y monstruo del despotismo y enemigo de Dios y de los hombres fué condenado a muerte por un Tribunal más legítimo ni más ilustre que el que sentenció a García Moreno.

## IX

Rayo no era del grupo de jóvenes de la sociedad y de la Universidad de Quito cuyo Moisés espiritual era Montalvo, entonces en el destierro. Rayo fue lo inesperado y lo imprevisto en la tragedia de la muerte de García Moreno. Rayo es la excepción y la sorpresa. Rayo carece de antecedentes en la conspiciación de la juventud, que no lo conoció sino el día de la acción y que no había contado con él en absoluto. ¿Cómo coincidir

ron ese día, a la misma hora, Rayo y los conjurados de la juventud? ¿Cómo cooperaron y obraron a un tiempo sin haberse puesto de acuerdo, sin conocerse siquiera? En esta extraña coincidencia comienza a actuar y a manifestarse el elemento de misterio que desde entonces fué inseparable del drama de la muerte de García Moreno, explicado al cabo por la participación del Ministro de Guerra, Francisco Javier Salazar, en este drama, desde entonces también sospechada y hoy concluyentemente comprobada

El desenlace de los sucesos enseña, en síntesis, que había dos centros de conspiración en Quito que simultáneamente urdían la muerte de García Moreno, el del Ministro de Guerra y el de la juventud. El Ministro sabía de la conspiración de la juventud, y la conocía en sus principales actores y en todos sus detalles. Pero la juventud no tenía el menor barrunto de la conspiración del Ministro. La juventud jamás vió o sospechó a Salazar en Sánchez. Si el Ministro no hubiera sido un traidor, los conspiradores de la juventud no habrían tardado en alimentar con su sangre la embriaguez de sangre del tirano. Pero el Ministro ansiaba la muerte de García Moreno tanto como los conjurados de la juventud, al extremo de que, en cierto momento en que algunos de los conjurados vacilaban entre la revolución, con la prisión de García Moreno, y el tiranicidio, Salazar, por conducto del hombre de que se servía para estar en contacto con los conspiradores honrados, pidió a éstos el cadáver de García Moreno con el perentorio imperio con que Salomé pidió al Tetrarca la cabeza del Profeta en un plato.

Por intervención de una mujer, un tal Francisco Sánchez, comandante en el ejército de García Moreno y jefe de uno de los batallones acantonados en la ciudad de Quito, se puso en comunicación con los conspiradores sinceros; y les ofreció el concurso de sus fuerzas. Vencidas las naturales desconfianzas los conspiradores genuinos aceptaron a Sánchez como un conspirador de buena fe, como un verdadero enemigo de la tiranía, e hicieron del concurso de Sánchez, su base principal de operaciones. Sánchez ofrecía sus fuerzas militares para dominar la situación y tomar posesión del poder, pero pedía como condición *sine qua non* el cadáver de García Moreno.

Y la alianza entre Sánchez y la juventud, o sea realmente entre Salazar y los conjurados, se pactó pronto en estos términos, la juventud ofrecía matar a García Moreno, Sánchez ofrecía apoyar a la juventud después de la muerte del tirano, para garantizar sus vidas y completar y consolidar su obra con la adquisición del poder. El plan en sus detalles y combina

ciones quedó concertado, y bajo estos auspicios los conjurados se organizaron y procedieron a la ejecución de su designio.

La aparición de Rayo en escena a la hora de la tragedia y su improviso papel de protagonista en ella, descubren el íntimo y perfecto conocimiento que Salazar tenía de la conspiración de la juventud, y prueban que Rayo pertenecía a la conspiración del Ministro. Consta la presencia de Rayo en el Ministerio de Salazar tres días antes del acontecimiento.

Sánchez era compadre de Salazar, y le debía su posición en el ejército, y esperaba de él honores y recompensas. Rayo era militar, había servido en el ejército de García Moreno y lo odiaba porque había codiciado a su esposa y había recurrido al ardid de alejarlo con un cargo militar para preparar la ocasión que su lubricidad buscaba. La señora era fiel y sufrió, según parece, prisión por su virtud. No se halla en ninguna parte publicado el relato de este incidente del despotismo de García Moreno que tan estrecha y directa relación tuvo con su muerte, y yo lo conozco por narración verbal que de él me ha hecho Andrade, quien a su vez no lo conoció sino en 1914 por el testimonio del Sr. José de Lapierre, actual Ministro del Ecuador en Lima e hijo de un antiguo Ministro de Francia en Quito. Rayo no ocultó a García Moreno su enojo, y después de una entrevista que marcó la ruptura entre ellos, García Moreno sabía que Rayo era su enemigo. Podemos suponer su impresión y su evocación cuando Rayo emergió frente a él como una furia en el atrio del Palacio y asiéndolo violentamente del cuello levantó sobre su cabeza la piadosa cuchilla al par que exhalaba en un grito frenético la última palabra que en su vida oyó el monstruo: *¡Tirano!*

Rayo se diferencia de los demás conjurados en que no era joven, ni culto, ni de posición social. Rayo era un hombre común y obscuro, y no era ecuatoriano sino colombiano. Sería falso e injusto decir que se diferencia también en los motivos. Lo mató como tirano y porque era tirano. Su grito al matarlo es una acusación, es la explicación de su acción, es la confesión de sus motivos al propio tiempo que la notificación a García Moreno de la razón de su muerte. En el corazón de Rayo podía mezclarse y se mezclaba sin duda, un odio personal, pero es también indudable, que en su corazón bramaba el odio al tirano. El odio personal por sí solo no habría sido nunca el impulso que lo llevara a la heroica proeza del 6 de agosto. Rugían los dos odios en su corazón, y al concentrarlos en una resolución de muerte él sabía que iba a realizar una buena acción, una acción noble y grande; él sabía que iba a prestar un positivo servicio a la sociedad, a la libertad, a la patria de su

adopción. Era como tirano, no como hombre, que García Moreno había pretendido a su mujer. Era un apetito y un abuso de su responsabilidad como tirano.

El hecho de que conspirara con Salazar o con Sánchez, de que él fuera el brazo de la traición, nada dice en su desdoro. Los conjurados jóvenes también conspiraban con Sánchez y habrían conspirado también con Salazar, cuya abismal perversidad era todavía desconocida. El odio al tirano llenaba la atmósfera. Era el aire que se respiraba. Todo el mundo deseaba su muerte y todo el mundo pensaba en matarlo. Expresiones de odio y de muerte se oían continuamente y en todas partes. En julio, un individuo de Quito se volvió loco y corriendo por los techos gritaba: Van a matar a García Moreno en la plaza, va a correr mucha sangre. En este estado universal de ánimo, que era asimismo el suyo, Rayo no podía sino creer en la buena fe de Sánchez y de Salazar, y las insinuaciones de éstos no podían sino encontrarlo dispuesto y pronto.

En nuestro sentir, Rayo fué un conjurado honrado, auténtico, genuino, tanto como los conjurados juveniles. Salazar lo comprometió y lo deslizó como una sorpresa en la conjuración para asegurar el éxito de ésta, para poner la empresa en manos de un hombre sin excluir por ello las manos de niños en que estaba. Los hechos comprobaron su previsión y su acierto. Pero Rayo procedió generosamente, heroicamente, y con entera rectitud. El prestó un insigne servicio a la civilización y a la humanidad; y es una gran satisfacción poder contemplar su figura en la cumbre de la tragedia sin manchas y sin sombras.

## X

La conspiración comenzó en mayo o junio de 1875, el día en que Cornejo, Andrade y Uribe leyeron a escondidas *La Dictadura Perpetua*, publicación hecha en Panamá en octubre de 1874. García Moreno murió el 6 de agosto. Esta fecha fué fijada por Sánchez, jefe del cuartel inmediato al Palacio y agente del Ministro Salazar en la conspiración, de la que era Salazar el verdadero director, a distancia, y sin que nadie pudiera sospecharlo. Sánchez hizo saber a los conspiradores que "aquel día estaría de jefe de ronda y tendría mando en todos los cuarteles". Es claro que esto no fué sino una medida tomada por Salazar para decidir las cosas y pasar de las palabras a los hechos. Los conjurados de Montalvo habrían preferido la fecha del 10 de agosto y habían pensado en ella, porque en

el "día de las fiestas patrias... y en recuerdo de que los jóvenes de Atenas habían inmortalizado la solemnidad de los Panatencos", dice Andrade

El 5 por la noche, la señora que primero había anunciado a los conspiradores que podía contarse con Sánchez y sus quinientos veteranos y había sido el primer medio de comunicación entre Sánchez y los jóvenes de la conjuración, Juana Terrazas, hermana de un fraile que simpatizaba con los liberales y había sido condiscípulo de Abelardo Moncayo, conjurado, visitó a Andrade para decirle de parte de Sánchez que el día siguiente estaría de jefe de día, "que espera que no vacilen ustedes, y que en todo caso deben comenzar por la muerte del tirano, porque de otra manera no se compromete a sublevar el batallón".

Sánchez le había hablado a la Terrazas en diversas ocasiones de una posible sublevación de los cuarteles contra García Moreno. La Terrazas comunicó casualmente esta noticia a Moncayo en una visita de éste a su hermano el clérigo y a propósito de una explosión de Moncayo contra el despotismo de García Moreno. Moncayo no tardó en enterar a sus compañeros de la conspiración, en la que combatían para esta fecha (junio) dos proyectos opuestos, el de un ataque a los cuarteles y el de un ataque a la persona de García Moreno. Y es de colegirse, a la más clara luz del raciocinio, que así como el proyecto de un movimiento revolucionario con la prisión de García Moreno, que sustentaba Cornejo, fué abandonado y substituido por el de la muerte del tirano que Sánchez impuso como condición indispensable de su intervención, el proyecto de sublevación de los cuarteles que debía ocurrir justamente en esos días, según la Terrazas sabía por confidencias de Sánchez, y que no era por supuesto sino el proyecto de Salazar, fué a su vez abandonado y reemplazado por el de una pérvida alianza con los conjurados de la juventud con el objeto de utilizarlos como instrumentos para la muerte de García Moreno, que así alcanzaría sin afrontar ninguna responsabilidad

Reunidos en la habitación de Abelardo Moncayo, la noche del 5, los conjurados, sin el menor presentimiento de Rayo, y fiando sólo en ellos mismos y en Sánchez, que entraría en acción después del hecho, acordaron el plan de ataque y nombraron como jefe a Cornejo. En estos graves asuntos se ocupaban cuando irrumpió en la sala de las deliberaciones uno de los conjurados, José Bermeo, gritando: "¡Señores, aquí está mi gente!", lo que causó la alarma indignada de Moncayo, quien le ordenó que la disolviera. Eran diez o doce hombres que esperaban afuera.

La organización convenida esa noche consistía en la for-

mación de grupos, al mando cada uno de un jefe. Esta organización debióse a la concepción que los conjurados tenían del desarrollo de los sucesos. Ellos esperaban "que el tirano sacaría su revólver y dispararía sobre alguno de los tres" conjurados que tenían la consigna de acercarse al tirano y decirle "que debía renunciar la vida en nombre de la libertad y de la patria". Esto demuestra, sin embargo, la hidalguía caballeresca de los tiranicidas de Montalvo. Estos conjurados que así iniciarían el ataque con un discurso y darían tiempo a la fiera para defenderse eran Cornejo, el comandante Moncayo y otro. Entablado el lance por los previstos o supuestos disparos de García Moreno a este grupo de tres, los otros grupos caerían entonces sobre él. Estos grupos no eran, sin embargo, sino la avanzada del ejército de conjurados. "La mayoría de los conspiradores, dirigida por Polanco, debía hallarse en la plaza principal, a cincuenta pasos de la cual se hallaba el batallón N<sup>o</sup> 1<sup>o</sup>. Luego que llegase a Polanco la noticia de la muerte del tirano, debía dirigir a los suyos al cuartel y consumir la revolución sublevando al batallón. Nosotros nos incorporaríamos luego, y ya al mando de un cuerpo de línea fácil nos sería dominar toda la ciudad". (Andrade)

## XI

Hay una distancia de cinco cuabras entre la Plaza de Santo Domingo, donde vivía García Moreno, y la plaza principal, donde estaba situado el Palacio de Gobierno. La costumbre de García Moreno era salir de su casa, camino del Palacio, entre diez y once de la mañana cada día. Sabedores de esta costumbre, los conjurados dispusieron salirle al encuentro en la Plaza de Santo Domingo o en la calle del Colegio. Las cosas pasaron muy de otro modo, sin embargo; y la discusión y conclusiones de la noche del 5 fueron pura pérdida de tiempo. Es curioso que Polanco, el más hombre de todos por su edad y su experiencia, y por la misma razón el que había sido designado para conducir las relaciones con Sánchez, expresara en la reunión final de la noche del 5 el deseo de confiar el secreto a Rayo y de invitarlo a prestar su concurso en la operación del día 6. El odio de Rayo por García Moreno era proverbial en Quito y notoria asimismo su fama de hombre de valor y de arrojo. "Cuando veía a García Moreno se le encendía el rostro, y juraba que había de matar al tirano", (Andrade). En todo esto se fundaba, sin duda, el deseo de Polanco, por primera vez ma-

nifestado esa noche. Los conjurados montalvinos tenían a orgullo, empero, el que los matadores de García Moreno fueran todos ecuatorianos, y rechazaron la idea de la cooperación de Rayo, porque era colombiano. En la organización de la noche del 5 no entró Rayo en absoluto. Pero Polanco consideraba su participación de grande importancia, e insistió, pidiendo que se le autorizara para hablarle "en el último momento". Polanco fue en consecuencia facultado para buscar a Rayo en su tienda, "situada a inmediaciones del lugar donde debía de caer el combate, le llamara y le llevara en el momento en que los grupos estuvieran en sus puestos". (Andrade)

¿Le habló Polanco a Rayo? ¿Es Polanco la explicación de la presencia de Rayo en el sitio de los acontecimientos el 6 de agosto? Sólo el testimonio de Polanco puede elucidar esta cuestión que sería vital para la prueba de la responsabilidad de Salazar en la muerte de García Moreno si aquella no estuviera sin ella superabundantemente demostrada, y el testimonio de Polanco afortunadamente existe. En una importantísima publicación que hizo en 1877, preso en el Panóptico de Quito cumpliendo la sentencia de diez años de prisión a que lo condenó el consejo de guerra, el doctor Polanco dice que no trató nunca con Rayo.

En el libro de la defensa del doctor Polanco, publicado por el doctor Ramón Borrero, su defensor, y citado por Andrade, se lee que Polanco estaba vigilado por la policía y reta a ésta a que diga si Polanco habló alguna vez con Rayo antes del acontecimiento del 6 de agosto.

¿Por qué no habló Polanco con Rayo cuando en su opinión la participación de Rayo era de grande importancia? En la manera cómo se desarrollaron los sucesos está la explicación; y en el hecho, además de que ambos, Rayo y Polanco, estaban vigilados, y probablemente no encontró, bajo esta vigilancia, y bajo la estrecha y estricta condición a que debía sujetarse de no ver a Rayo sino en el último momento, la oportunidad de cumplir con su deseo de llevar a Rayo a la conjuración. Si Polanco hubiera hablado con Rayo habría existido esta prueba contra él en el proceso y es notable que Salazar no le acusara, como a Campuzano, de haber hablado con Rayo antes del suceso. Lo que ocurrió el 6 de agosto fué como siempre lo imprevisto, y García Moreno no salió de su casa sino horas después de que los conjurados habían abandonado el propósito de matarlo ese día y muchos de ellos, o casi todos, se habían dispersado. Rayo estaba allí, sin embargo, y fué él el único que se encontró al paso de García Moreno, cerca del Palacio, a donde éste se dirigía, a pié, acompañado de un oficial y dos asis-

tentes. Se observará por ésto que la estrategia de Rayo había sido completamente distinta u opuesta a la de los conjurados de la juventud. El plan de éstos era esperar a García Moreno en la Plaza de Santo Domingo, a la salida de su casa; mientras que el plan de Rayo fué esperarlo en la Plaza Principal, a la entrada del Palacio de Gobierno y a la vista del cuartel de que era jefe Sánchez. Si los conjurados hubieran matado a García Moreno en la Plaza de Santo Domingo, Rayo no habría sido ni siquiera testigo del suceso.

## XII

Cornejo y Andrade pasaron la noche del 5 juntos, en el cuarto de Andrade. Hablaban del día siguiente, el día en que ellos y sus compañeros iban a escribir una estupenda página de la historia del mundo. Había sonado ya la primera hora del gran día, era la una de la madrugada del 6 de agosto. Andrade se paseaba pensativo de un extremo a otro del cuarto. Cornejo rompió el silencio: "¿temes que nos fusilen?" preguntó. Andrade sonrió, y Cornejo procedió a una representación viva de cómo iría él al cadalso. "Levantóse, colocó un taburete en un ángulo, alejóse al ángulo opuesto, puso un objeto delante del rostro figurando el Cristo de los que caminan al patíbulo, revistióse de unción y majestad y empezó a dar cortos pasos como quien transita el camino del suplicio. Supongo que voy rodeado de frailes, dijo. "Esos le matan a uno antes de que le despedacen las balas". Contemplando desde la ventana del cuarto el amanecer del día 6, Cornejo exclamó: "Lindo está el día; es digno de ser immortalizado por nosotros".

García Moreno no salió de su casa de diez a once de la mañana como era su costumbre y como los conjurados esperaban. A las 11 y 30 aún no había salido. Había un certamen de niñas en una casa de la Plaza de Santo Domingo y a la puerta había una guardia. Cornejo envió recado a Sánchez pidiéndole que hiciera retirar aquella guardia. Sánchez respondió que la guardia protegería a los conjurados. Impaciente por la inusitada tardanza de García Moreno en salir, Cornejo se acercó a la casa del tirano e interrogó a un edecán que se hallaba a la puerta. Supo que García Moreno no saldría hasta la tarde y ordenó a los conjurados al darles la noticia que no se movieran hasta el obscurecer, "hora en que cada uno debería buscar cómo salvarse, porque ya no sería posible transferir el movimiento, en razón de que el secreto estaba propagado en

demasía". La orden de Cornejo fué comunicada por Moncayo a los conjurados de la Plaza Principal, y a su regreso informó que "el número de conspiradores era allí muy respetable".

La dispersión en la Plaza de Santo Domingo comenzó pronto, sin embargo, "...cada uno se acordó de sus amistades en las casas inmediatas, y poco a poco fueron desapareciendo..." Apenas un pequeño número quedó en la calle. Esta fué la causa, dice Andrade, "de que en el ataque concu- rriésemos tan pocos".

Improvisamente, García Moreno apareció en la calle. Andrade había entrado a una casa contigua a la de éste y conversaba con el dueño de la casa cuando el ruido afuera lo atrajo a la ventana. "Cuál no sería mi asombro el ver que...pasaban hablando...García Moreno y Pallares", (cedecán de García Moreno) "seguidos de dos asistentes o escribientes!" Andrade corrió al zaguán, miró a la plaza y no vió a nadie. Todos habían desaparecido. "exasperado, eché a caminar por donde García Moreno seguía, hasta que llegué a la esquina del Colegio de los Sagrados Corazones, donde me reuní con Borja, uno de los más jóvenes, así como de los más entusiastas".

Para Borja todo había fracasado, en vista de que no había en los contornos un conjurado ni para un remedio. Andrade conjeturó que se hallarían en la Plaza Principal, y allí se trasladaron.

Pero la Plaza Principal estaba tan desierta de conjurados como la de Santo Domingo. No había *nadie* en ninguna de las dos. "Entonces se me ocurrió que Cornejo debía de hallarse en el certamen de niñas, a donde yo le había visto entrar poco antes, y volé a Santo Domingo, sin despedirme de Borja". Allí estaba en efecto Cornejo, y estaba también Moncayo. Andrade los vió desde la puerta del local, en el momento que los dos conjurados "examinaban a las niñas y reían de las contestaciones de éstas". A un ademán de Andrade, salieron. Cornejo consideraba que la ocasión se habría perdido de todos modos, aunque hubieran estado en la plaza cuando salió García Moreno, porque ya los conjurados habían abandonado su puesto; pero juzgó que había tiempo todavía, para realizar el propósito, esta vez en la Plaza Principal, dijo, al salir el tirano del Palacio.

García Moreno había entrado entretanto a la casa de la familia Alcázar, situada en una esquina de la calle de la Compañía. Moncayo, Cornejo y Andrade supieron que allí estaba todavía porque vieron a sus acompañantes en la puerta. Temerosos de inspirar sospechas, los tres se separaron entonces.

Mientras esperaba apostado frente a la Universidad, An-

drade vió pasar a Sánchez, que venía del cuartel, "en traje de parada y meditabundo y cabizbajo". La Terrazas venía también y se dirigía hacia Andrade. ¡Cómo!, le dijo Andrade: ¿Sánchez se retira de su cuartel?

Dice, contestó la Terrazas, que todo no es cosa sino de muchachos, que no ve a nadie, que no cree nada y que se va a almorzar.

Andrade le ordenó entonces, que le dijera a Sánchez, que volviera en el acto a su cuartel, e indicándole la casa en que se encontraba García Moreno, le aseguró que los conjurados estarían listos en breve, a lo sumo media hora.

La Terrazas llevó el menseje a Sánchez, quien regresó a su cuartel, "sin levantar la vista".

Sánchez expresó el deseo de que Polanco estuviera con él en el cuartel. En "un reducido café que había debajo de la casa de la familia Gangotena", estaban Polanco y el Capitán Jarre. Allí lo buscó Andrade porque a la puerta del café divisó a Moncayo. "Temo que Sánchez sea un cobarde o un fe-lón", dijo Polanco, y salió con el capitán Jarre, resuelto a com-placer el deseo de Sánchez, y a "ponerle el revólver en las sien-es si acaso se resiste a sacar el batallón". Polanco no concu-rrió al cuartel, sin embargo, probablemente desconfiado de la lealtad de Sánchez.

Deade la puerta del café, Moncayo hizo señas a Andrade. Era que "García Moreno y Pallares pasaban por la esquina, camino de la plaza, siempre seguidos de los dos asistentes".

¿Qué hacemos? preguntó Andrade. Tenemos quemadas las naves, respondió Moncayo. Avancemos.

### XIII

Según la exclamación de Cornejo en este instante, no *asomaba* un solo conjurado en todo el horizonte.

Cornejo inquirió si sus compañeros estaban "bien armados", y Moncayo rió de esta pregunta.

"En esto divisamos a Portilla y a Borja, a tres cuadras de distancia; hacia el Arco de la Reina, Cornejo salió a media calle y los llamó con la mano. Luego vimos al capitán Bermeo y su gente frente al portón de la Universidad. En seguida avanzamos a la plaza por la acera de los almacenes franceses: García Moreno y los suyos continuaban en la misma dirección, pero por la acera opuesta. . . . García Moreno y los suyos iban a llegar a la plaza, y nosotros íbamos a pocos pasos, pero por

la acera opuesta . . . De improviso vimos a un hombre parado en medio de algunos transeúntes. ¡Rayo! dijo uno de mis amigos. . . . En aquel instante hallábase de espaldas a la calle, prendiendo un cigarrillo en el fuego pedido a un pascante. . . . ví la mirada que arrojó sobre García Moreno, volviendo la cabeza. Es falso que Rayo saludó al tirano. . . . es falso que el tirano salió de la Catedral para morir. Todos estos embustes han sido propagados por servidumbre y jesuítas”.

En la opinión de Andrade, habría que esperar allí por lo menos tres horas, “porque García Moreno no saldrá sino tarde de Palacio”. Se ve por esto la vacilación de los conjurados y su falta de visión de las cosas. En esperar estaba el peligro. Habían estado todo el día esperando, tenían por fin al alcance y a su arbitrio la presa, y todavía preferían esperar. Es verdad que el número había menguado hasta ser mínimo y que no estaban todos armados como Dios manda para la hazaña tras la cual andaban. Pero la cuestión era ya de vida o muerte. El secreto era público. Lo sabía todo el mundo. Y si García Moreno hubiera ganado el Palacio, lo más probable es que los conspiradores hubieran sido aprehendidos haciendo centinela en la plaza, porque antes que García Moreno hubieran salido del Palacio sus órdenes de prisión y muerte.

Veremos, dijo Cornejo a la observación de las tres horas de espera que había hecho Andrade; y pasaron junto a Rayo sin mirarle.

“Pasó el tirano la bocacalle y empezó a subir la escalera del pretil. Nosotros íbamos detrás de él. Antes de poner el pie en los escalones, volví la vista a la calle del cuartel. . . . todo estaba en calma. . . . García Moreno y los suyos habían dado seis u ocho pasos en el portal en medio de los traseúntes. Entonces apareció Rayo; pasó por entre Moncayo y Cornejo, sacó de debajo del paletó una terrible cuchilla, levantóse el sombrero a la corona y exclamó:

“—¡Tirano!

“No estaba acostumbrado García Moreno a oír esta salutación en las calles de la humilde Quito. Volviéronse rápidamente él y Pallares; pero con tal velocidad y asombro, que rodó por el suelo el sombrero de uno de ellos. La cara de García Moreno revelaba. . . . estupor. . . . Rayo le puso la izquierda en el pecho y gritó:

“—Al fin llegó tu día, bandido!

“Y le descargó una cuchillada en ademán de cortarle la cabeza.

“Cornejo se adelantó con paso rápido y firme, y le tomó del cuello de la ropa con mano irresistible:

“—¡En nombre de la patria, aquí pereces!

“Acompañó esta intimación con una interjección formidable y con la diestra le disparó un tiro de revólver.

“Moncayo y yo nos habíamos acercado a Pallares a quien agarramos de los brazos. Pallares no hacía sino dar gritos, sus pensa su atención en lo principal de la tragedia. Pareció que a nosotros no nos hizo el menor caso. No sé qué fue en aquel instante de los dos asistentes: en lo único que reparé fue en que Cornejo soltó a García Moreno, porque Rayo iba a darle una segunda cuchillada; pero antes de que tal cosa sucediera, García Moreno corrió dando gritos insultantes, hacia una de las entradas del Palacio que se hallaba a pocos pasos... de él. En el acto comprendí que el tirano podía escaparse en el Palacio: ¡salvarse aquel hombre herido! ya sabe la población de Quito lo que tal salvación hubiera significado para ella. Corrí junto con García Moreno, llegué antes que él al umbral, y en el instante en que iba a precipitarse adentro, contúvele con un golpe... dado con mi revólver en el pecho. He de advertir que mi revólver no estaba todavía montado, por que era de baquetilla, la cual se resistía a salir. García Moreno retrocedió levantando los brazos en arco, en el colmo del estupor, y echando miradas a los lados.

“—¡A mí! ¡Asesinos! ¡Canallas! ¡Me matan! exclamaba... con voz trémula....

“Vile miserable y ruín, lo juro. Ya no era el lestrigón que tenía aterrado a un pueblo entero.... Afirмо que la cuchillada de Rayo no fué grave, ni tampoco la herida causada por el disparo de Cornejo, porque a serlo, no hubiera podido correr el tirano, ya para adelante, ya para atrás, por el espacio de algunos metros, y tenerse en pie hasta recibir nuevas embestidas....”

Un negro luchaba con Rayo para contenerlo, Cornejo y otros disparaban sus revólveres y todos gritaban estruendosamente: “¡Ayarza! ¡Las víctimas de Jambelí! ¡Las de Tulcán! ¡Las de Cuaspud! ¡Maldonado! ¡Borja! ¡Viola! ¡Rosa Ascásubil! ¡La dignidad de la patria! Libertad... formando sobre aquel malvado una como malla de recuerdos sangrientos....”

“Cuando ya había retrocedido varios pasos gritando, espacio en el cual yo iba delante de él sin ofenderle, saqué por fin la baquetilla de mi revólver y le disparé un balazo en la cara. Acto continuo volvió a arrojarse Rayo sobre él. Rayo había tenido necesidad de herir en la mano al negro, quien fugó.... Ya el pretil estaba lleno de gente, la mayor parte esbirros y empleados, quienes se atropellaban y corrían despavoridos; pero ninguno tuvo valor de acudir en defensa de su dios, Pallares fue el único que permaneció.... hasta que se desenlazó la

tragedia. Dicen que García Moreno sacó el revólver; pero yo no lo creo, porque nunca le fué tan fácil como en el instante en que retrocedía delante de mí, y si no lo hizo fué porque el estupor embargó sus sentidos. Rayo le descargó descomunales cuchilladas, pero en ninguna de ellas logró cortarle la cabeza, porque el tirano las evitaba con admirable agilidad; hasta que vacilante, ciego, espantoso por la desesperación y el furor, los visajes y la sangre que le chorreaba por la cara, llegó al filo de la lonja y se despenó de espaldas a la plaza. Vile caer porque me hallaba cerca de él: en vez de caer boca arriba y con la cabeza hacia afuera, ya que la caída fue de espaldas, extendióse boca abajo y con la cabeza hacia el muro del Palacio, para que se cumpliera la profecía de Montalvo. . . . "Ha de dar dos piruetas en el aire y se ha de desvanecer dejando un fuerte olor de azufre en torno suyo". Oía a pólvora. . . . al volver yo la vista al pretil, no vi delante de mí sino a Pallares, trémulo, despavorido, cadavérico

"—¿Qué hace usted Andrade, por Dios! me gritó, levantando los brazos y mirándome la mano en que tenía el revolver.

"Libertar a la patria. . . . le contesté. Usted está libre. . . .

"En aquel instante ví que Cornejo se acercaba a García Moreno tendido, y le seguí. El tirano se esforzaba en levantarse apoyándose en los codos. Rayo se hallaba cerca de él: había descendido también blandiendo su machete a la vista del cuartel. . . . Rayo vió que el moribundo levantaba la cabeza, acercóse, encaramóse sobre él y le dió de cuchilladas hasta que se estiró el tirano y su cabeza sonó contra las piedras".

Cornejo, Moncayo y Andrade lanzaron sus sombreros al aire gritando a un grupo de compañeros en el atrio de la Catedral: ¡Libertad! Los compañeros les gritaron a su vez: ¡Sale el batallón contra ustedes!

#### XIV

Fue la primera noticia que los conjurados tuvieron de la traición de Sánchez. Después de haber maquinado la muerte de García Moreno, después de haberla presenciado impasiblemente desde su cuartel, tal como él la había querido, mandaba ahora a sus fuerzas a vengarla. El no era por supuesto, como hemos dicho, sino el instrumento de Salazar, quien estaba ya en el cuartel, después de haber esperado en el Ministerio el fin de la tragedia, y comenzaba su feroz campaña de persecución y asesinato de los conjurados del 6 de Agosto, no de todos, em-

pero, sino de los que sabían de la complicidad de Sánchez por haber conspirado con él, y por ende, de su propia complicidad.

La primera víctima fué Rayo. Herido en la refriega en una pierna, los soldados de Salazar pudieron darle alcance sin esfuerzo. Andrade lo vió todavía vivo en la plaza, a donde ellos habían corrido, "sentado en el suelo, la cabeza sin sombrero y erguida, con la diestra procuraba desviar un espadín con que un soldado quería traspasarle, y daba voces que yo no comprendí". Arrastrados por la curiosidad y la muchedumbre a otro punto de la plaza, los conjurados oyeron momentos después un tiro de rifle en la esquina en que García Moreno había expirado. Era el disparo que mataba a Rayo, cuando iba ya preso y herido, hacia el cuartel, de donde salió el asesino, un negro cabo del batallón de Sánchez, que no sabía ni podía saber en aquel instante la parte que Rayo había tomado en la tragedia.

"Muerto ya Rayo. . . un cuñado de García Moreno . . . Ignacio Alcázar. . . se aproximó al cadáver de Rayo. . . dióle puntillazos. . . y disparó sobre él varios tiros. . . sus domésticos arrastraron el cadáver de aquel valiente colombiano, y lo arrojaron en San Diego" (Andrade). Polanco refiere que Rayo fue atravesado por la espalda con la espada de un oficial del batallón de Sánchez. Fue asimismo herido por la espalda con la bayoneta de un soldado del mismo batallón. Polanco llama a Rayo "ese valiente de los valientes del 6 de agosto".

La segunda víctima fué Cornejo. Había logrado escapar de Quito, donde estuvo por un tiempo escondido, y se había refugiado en una hacienda en el valle de Chilló. Una indiscreción suya condujo a su captura. Salazar lo hizo llevar a Quito y lo hizo fusilar, condenado por un consejo de guerra. Si no hubiera la copia de pruebas que hay de la culpabilidad de Salazar en la muerte de García Moreno, los incidentes todos del proceso y de la muerte de Cornejo, desde su llegada a la capital—o antes, desde que lo fué a encontrar al camino un enviado de Salazar—y su llamada declaración indagatoria en el Consejo de Guerra de Salazar, hasta el momento en que lo llevaron al patíbulo, bastarían para hacerla incuestionable.

Impedir a todo trance que Cornejo *hablara*, es decir, que depusiera toda la verdad, revelando las relaciones de Sánchez con la conjuración, fué el empeño de Salazar desde que Cornejo cayó en sus garras. Cornejo había hablado ya, sin embargo, lo bastante para comprometer a Sánchez, pues no hizo sino nombrarlo, inculparlo y maldecirlo desde que lo apresaron y por todo el camino hasta las calles de Quito, que atravesó "a caballo, con grillos, atadas las manos a la espalda, un oficial montado en el mismo caballo y con un revólver en la mano". nadie vió a Cornejo

jo en el calabozo antes que Salazar, que lo visitó la misma tarde de su llegada, el 22 de agosto y estuvo con él hasta muy avanzada la noche. Después no cesó, mientras duró el juicio, de visitarlo, celebrando con él largas y secretas conferencias, la última de las cuales terminó en una ruptura violenta y ruidosa, seguida inmediatamente de la orden de llevarle al patíbulo, expedida por Salazar. Fué Salazar quien escribió o hizo escribir las dos sucesivas declaraciones indagatorias de Cornejo, la segunda de las cuales es notable por la omisión que hace del nombre de Sánchez, después de mencionarlo en la primera. Salazar engañó a Cornejo con la promesa de la vida como premio de su silencio, y lo degradó antes de matarlo haciéndolo declarar contra Polanco, a quien Salazar tenía supremo interés en perder, porque había sido el *medium* entre Sánchez y los conjurados; y haciéndolo aparecer como incurriendo en abjuraciones y abdicaciones de ideas y actitudes que habían constituido lo mejor y más viril de su personalidad. Cornejo murió pidiendo a gritos ver al Encargado del Poder Ejecutivo para decirle toda la verdad. Salazar lo hizo matar en la madrugada del 27 de agosto, para que no pudiera hablar con nadie, ni nadie pudiera verlo, después de haber hecho circular la noticia de que Cornejo sería perdonado.

A Cornejo había precedido en el cadalso otra víctima de Salazar, el comandante Gregorio Campuzano, un anciano, extraño por completo a la conspiración, pero sospechado por Salazar de poseer el secreto de la complicidad de Sánchez a causa de su conocida amistad personal con Rayo, de quien era compadre e íntimo. Sometido a un consejo de guerra por Salazar, fue absuelto. Salazar lo visitó entonces en la prisión; y después de esta visita, en la que naturalmente se infiere que Campuzano pronunció inocentemente el nombre fatídico de Sánchez, asegurando sin duda a Salazar que lo único que sabía era q' Sánchez había sido el eje de la conspiración, Salazar hizo convocar otro consejo de guerra y de nuevo sometió a juicio a Campuzano, quien esta vez fue condenado a muerte, sin prueba alguna en contra suya, por que en realidad era inocente. Como a Cornejo después, Salazar le engañó con la promesa de la vida, y ya condenado a muerte le arrancó una declaración contra Polanco. El sacerdote que confesó a Campuzano lloraba después al recuerdo de su inocencia y su martirio; y el Vicepresidente León, Encargado del Poder Ejecutivo, a quien Salazar hizo declarar en un escrito dirigido al Juez Fiscal Militar del Segundo Consejo de Guerra, que tenía el *convencimiento moral* de que Campuzano era responsable "del alevoso asesinato cometido tan vilmente en la persona de S. E. el Presidente de la Re-

pública", sin que en escrito aparezca otro hecho o razón o argumento para tal convencimiento que la amistad de Campuzano con Rayo, pasado algún tiempo y atormentado por el remordimiento, se volvió loco, y corría por todas partes como un perseguido lanzando a gritos el nombre del ajusticiado.

Desconcertado, perplejo y anonadado por la sorpresa de la traición de Sánchez, que no era para él inesperada, sin embargo, sumido en un estado de estupor y de impotencia para pensar y obrar, Polanco, con la visión del cadáver de Rayo en su espíritu y de Salazar a la cabeza del batallón de Sánchez en la plaza se fué a su casa y se entregó al destino. Pudo haberse escondido, como Andrade y Cornejo y Moncayo, y no lo hizo. Tiempo tuvo de sobra para tomar medidas y ponerse en salvo; y nada hizo. Simplemente se fué a su casa a esperar que lo prendieran. Los sicarios de Salazar no tardaron en aparecer, y la noche del 6 de agosto encontró a Polanco preso y encadenado en el cuartel de Sánchez. Polanco no figura entre los matadores actuales de García Moreno. ¿Dónde estaba mientras sus compañeros aplicaban al tirano el tardío castigo de que hacía años se había hecho merecedor? En la plaza lo vieron por última vez Moncayo, Cornejo y Andrade después de la tragedia, en la confusión y el desbarajuste producidos por el asesinato de Rayo y la persecución contra los conjurados. Si Polanco no había sido de los autores de la muerte del monstruo, si nadie lo había visto en el atrio del Palacio en que el tirano fue atacado, ¿porqué lo hacían preso? Sencillamente, por que Salazar sabía por Sánchez su complicidad en la conspiración, y el mayor interés de Salazar era ahora eliminar por el cadalso a todos los que conocían el secreto y podían demostrar que él era tan autor de la muerte de García Moreno como Rayo y Andrade y Cornejo, con la diferencia de los móviles, que en ellos eran nobles y gloriosos, y en él bajos, sórdidos y criminales. Salazar luchó desesperadamente por enviar a Polanco al patíbulo, pero perdió la partida. No había pruebas contra Polanco. Ni los testimonios arrancados a Campuzano y a Cornejo al pie del cadalso pudieron nada contra la defensa de Polanco. El único que podía destruir a Polanco era Sánchez y ello habría equivalido a destruirse él mismo y a destruir a Salazar. El Consejo de guerra encontró simplemente que "el acusado doctor Manuel Polanco ha sido sabedor de la conspiración que se tramaba para trastornar el orden y las instituciones de la república", y que las declaraciones de los testigos, la de Cornejo inclusive, "no dejan prueba concluyente de lo que se le acusa"; y lo condenó a diez años de presidio.

Moncayo y Andrade vagaron por las calles de Quito toda la noche del 6 al 7 de Agosto. Al amanecer del 7 encontraron asilo en el hogar de una familia amiga. Allí escondidos supieron el fusilamiento de Campuzano, que no se explicaron, y luego el de Cornejo. Allí escucharon la criminal descarga que mató a este mártir libertador. Disfrazado y a caballo, Andrade logró al fin salir de Quito y llegar a Imbabura, a una hacienda de sus padres, corriendo grandes peligros. El 22 de septiembre siguió viaje a Colombia, siempre disfrazado.

El 25 cruzó la frontera y llegó a Ipiales, donde se encontraba Montalvo, quien lo recibió en sus brazos y lloró de emoción. Allí había otros próscriptos ecuatorianos, entre ellos dos hermanos de Cornejo. Se reunieron todos en la noche en casa de Montalvo. Fué entonces cuando se presentó Andrade. "Estoy admirado de que ustedes sean ecuatorianos, fué su primera frase (de Montalvo), y me miró. Estaba muy infamado ese pueblo; pero ustedes le han lavado de su infamia".

Moncayo permaneció oculto en el Ecuador.

Dieciseis años después, en 1891, Salazar, Ministro de Relaciones Exteriores y candidato a la Presidencia de la República, todavía perseguía a Andrade y pretendía extraditarlo del Perú. A fines de 1890 había aparecido en Lima el primer tomo de la obra de Andrade, *Montalvo y García Moreno*, en el que se leía esta frase: "Salazar fué uno como Yago en la tragedia de la muerte del tirano". En abril de 1891, Salazar solicitó del Perú la extradición de Andrade y pidió su prisión preventiva. "El ecuatoriano Roberto Andrade", dice la nota del Ministro en Lima, que era nada menos que un hijo de Salazar, "prófugo de la vecina república como reo del crimen de asesinato perpetrado el año de 1875 en la persona del ex-Presidente señor don Gabriel García Moreno, se encuentra actualmente domiciliado en esta capital". La nota encarecía el interés del Gobierno de Quito "en que no queden impunes los atentados que como éste, afectan tan hondamente a la sociedad dejando a la vez, el más funesto ejemplo para las demás naciones".

Andrade fue, contra las propias leyes del Perú, reducido a prisión, como lo pedía el Ministro, mientras éste presentaba "los documentos que deben servir para la formal demanda de extradición".

En la incertidumbre del porvenir, y considerando la posibilidad de ser entregado al Gobierno de Quito y fusilado por

Salazar, Andrade no pensó sino en burlar el propósito de Salazar en su extradición y en su muerte; y se consagró en su prisión a escribir la historia del 6 de agosto con todos sus antecedentes, un libro de más de cuatrocientas páginas, en que está definitivamente comprobada la culpabilidad de Salazar en la muerte de García Moreno. Ya podía matarlo Salazar. Su crimen no quedaría en el misterio.

La prisión de Andrade se hizo con violación de la ley de prescripción del Perú; y por esto, y porque el acto de que se le acusaba era un acto político, fue una grande injusticia. Produjo sin embargo, un bien inestimable, el libro de Andrade, que es sin disputa, un gran servicio a la investigación y a la verdad histórica.

Tras unos meses de cárcel ( ¡cinco meses! ) Andrade recobró su libertad. La Corte Suprema del Perú falló contra la petición y el expediente de extradición, y el Poder Ejecutivo expidió el decreto consiguiente. El 21 de septiembre, en la mañana, el Ministro en Lima, el hijo de Salazar, fue notificado en el Ministerio de Relaciones Exteriores de la próxima libertad de Andrade, la cual se hizo efectiva en la tarde del mismo día.

Salazar comunicó por cable a las 10 a. m. la noticia del acontecimiento a su padre, que se hallaba en Guayaquil, donde lo había cogido la fiebre amarilla.

Cuando Andrade salió a la calle, leyó en un diario de Lima la noticia de la muerte del General Francisco Javier Salazar, ocurrida en la tarde del 21 de setiembre.

## XVI

Salazar era tan malvado por lo menos como García Moreno. Como éste carecía en absoluto de bondad, de piedad, de simpatía, de sensibilidad; pero sobre García Moreno tenía el diabólico temperamento de la intriga, el enredo, el disimulo, la tramoya, la trácala, la alevosía, la artería, la falacia, la hipocresía, la perfidia, la traición. García Moreno era rígido, fiero y de una sola pieza como un monolito. Las pasiones eran en él extremas y ferinas. Era un vehemente, un exaltado, un frenético, un loco. Su expresión psicológica y orgánica, la expresión de su ser anormal y vesánico, era de ferocidad; Por eso era fanático. Su fanatismo religioso no era sino una forma de su ferocidad. El era un fanático religioso y un fanático político. Y el fanatismo condujo en todos los tiempos a la feroci-

dad. Por eso las religiones han sido tan crueles. En este sentido, García Moreno era sincero. Su valor era otra de sus cosas auténticas. Su fisonomía no sería homogénea si no hubiera sido el hombre de valor que fue; y el sentimiento de la posteridad hacia él sería de desprecio.

Salazar era en cambio un hombre frío, calculador, ruin. Su maldad no era impetuosa, instintiva y animal como la de García Moreno, sino tranquila, deliberada y organizada como la del criminal refinado y empedernido. El no era el tigre sino la serpiente. Sus métodos eran zorreros. Era Judas y Maquiavelo y Mefistófeles y Tartufo, todo a un tiempo, cosa que no hizo nunca García Moreno, quien parecía tener necesidad de auditorio para sus crímenes y era espectacular en su fiera. Cobarde y mezquino, sin personalidad y sin pasiones, sin audacia y sin cualidades de conductor, Salazar era tan sanguinario y tan carnicero como García Moreno; pero sus crímenes tenían otro carácter, eran de otra índole. García Moreno daba la muerte como un castigo. El era la venganza y la pena. No tenía por supuesto noción ni sentimiento alguno de justicia, y mataba a un inocente con la misma inflexibilidad que a un culpable. El castigaba y exterminaba al *enemigo*, unas veces por lo que había hecho, otras simplemente por su actitud, no importa cuán pasiva o inofensiva. Salazar mataba de acuerdo con un plan, fría y arteramente concebido. Era un hombre de trampa, hilaba en la sombra, movía manos ajenas y se mantenía invisible hasta el momento en que la bomba infernal preparada por él estallaba.

El condenó a muerte a García Moreno, su amo y señor. ¿Por qué? Tal vez por ambición de mando, acobardada e impotente en el momento crítico de la acción! Tal vez por odio personal, secreto y tímido como odio de esclavo pero bastante rencoroso y bastante activo para no aplacarse sino con la muerte. El traicionó la buena fé, el candor, el entusiasmo, el patriotismo, las virtudes heroicas de una legión de jóvenes ilustres que con la muerte de García Moreno creían honradamente y ardientemente realizar una azaña gloriosa, una empresa de libertad, de redención, de justicia, de humanidad, un servicio a Dios y a los hombres. El traicionó a estos jóvenes lo mismo que a García Moreno. El armó para todos una trampa desde su despacho ministerial y se sentó en su sillón oficial a esperar tranquilamente la hecatombe. Los libertadores del 6 de agosto no habrían matado como mataron a García Moreno sin tomar como no tomaron precaución alguna en absoluto cuanto a su propia seguridad a no haber sido por los pérfidos ofrecimientos de Sánchez, instrnmento del plan de Salazar. Sólo un malhe-

chor sin entrañas pudo haber arrastrado friamente y deliberadamente al peligró y al suplicio a los hombres generosos y valerosos que inocentemente contribuían al éxito de su ambición o de su odio. Sólo un espíritu sin fronteras en la maldad y en la crueldad pudo haberse convertido después en perseguidor feroz y verdugo incansable de estos hombres. Salazar los traicionó a todos, lo mismo que a García Moreno que a los conjurados, y a todos los ahogó en la misma sangre.

El nombre de Salazar es pues inseparable como el de Montalvo de la muerte de García Moreno, pero de un modo muy distinto. Salazar es al asesino cobarde y vulgar, es el traidor, extraordinario solo por los abismos de su maldad y su crueldad. Montalvo es el ángel de la inspiración, del heroísmo, de la libertad y de la victoria. García Moreno matado por la pluma de Montalvo y García Moreno matado por la traición de Salazar, hace toda la diferencia entre el homicidio y el tiranicidio, entre el asesinato común y la conjuración política, entre el crimen y la acción heroica y patriótica, digna de la historia y de la gloria.

## XVII

He conocido a Andrade aquí en Nueva York. Lo he conocido ahora, casi medio siglo después de estos acontecimientos. Lo he conocido anciano ya y en la mayor, en la más honrosa pobreza. Es un hombre erecto, sereno, firme, normal, a quien los años no han desfigurado. Es perceptible su expresión de energía en el fondo de su suavidad, de su dulzura de hombre bondadoso, humilde, modesto, sencillo y culto. Sus ojos claros y plácidos revelan la mansedumbre de su naturaleza. Se ve al hombre honrado, al hombre de bien, al hombre de carácter, en su porte.

Nadie podría sospechar en su aspecto la historia de su vida. Aún después de conocerlo y de tratarlo no es fácil descubrirlo. Hay que leer sus libros, hay que oírlo contar los episodios de su larga carrera de luchas políticas en su patria, para saber quién es, para saber que es un hombre extraordinario, un hombre admirable, un hombre venerable. Yo considero un gran privilegio el hacerlo conocido; y con grande orgullo, con gran satisfacción, con honda emoción de mi corazón, he estrechado su mano sagrada, la mano que disparó al rostro de García Moreno y puso una bala en la frente del tirano, la mano que le dió en el pecho un furibundo golpe para darle a la muerte la oportunidad de alcanzarlo.

El es el héroe de un portento que me ha deslumbrado toda la vida. Yo he nacido bajo el despotismo, y el odio de mi vida es el despotismo. Matar al tirano es la acción más bella y más gloriosa del patriotismo, de la dignidad y del valor. La gloria de esta hazaña es bastante para llenar una vida. Pero la vida de Andrade es fecunda y afortunada cual pocas. El mató a García Moreno en los albores de su existencia. Fue el punto de partida de su vida esta patricia aventura. ¿No es este un destino singular? Después, toda la vida de Andrade es un continuo combate por el buen gobierno en su patria, por el triunfo del liberalismo y la civilización. Ha sufrido mucho. Es, sin ponderación alguna, un gran mártir. Preso en el Perú, preso en Colombia, preso en el Ecuador, escondido muchas veces; fugitivo otras tantas; perseguido terriblemente por sus enemigos y por su Gobierno dentro y fuera de su patria; escapado milagrosamente del asesinato en el Ecuador y en Colombia; escapado milagrosamente del patíbulo, no una sino varias veces; revolucionario y guerrero con Alfaro en las contiendas civiles de su patria; víctima de largos destierros como de largas y crueles prisiones, la vida de Andrade es una ejemplar y patética historia de heroísmo, de dolor y de sacrificio.

El no ha tenido tiempo, y probablemente tampoco voluntad, para hacer dinero. Ha escrito en cambio obras históricas y literarias, ha escrito muchos libros que por su número y su índole causan asombro en vista de la vida agitada y tormentosa que ha vivido. ¿Cómo ha podido escribir tanto? ¿Cómo ha podido vivir una vida de trabajo y de consagración intelectual en la continua aventura, en la perpetua tempestad que ha sido su existencia como hombre de acción?

*Montalvo y García Moreno* (4 tomos, uno solo de ellos publicado), *Vida y muerte de Eloy Alfaro*, *¡Sangre! Contemplaciones, Confidencias*, fuera de varias obras inéditas, entre ellas, una Historia del Ecuador desde su Independencia, e incontables opúsculos publicados, y una novela, y versos, y trabajos históricos hoy en preparación, constituyen la obra intelectual de Andrade, y dicen que el ha sido, en medio de todas las peripecias y peligros y tragedias de su vida, un trabajador intelectual laboriosísimo e infatigable, un hombre de heroica fe en el poder del espíritu y de superior ambición de posteridad.\*

El es el solo sobreviviente de los héroes del 6 de agosto, de los actuales matadores de García Moreno. El es el historiador de este acontecimiento. El es quien ha hecho justicia a los muertos y a los protagonistas de aquel drama. El es quien ha demostrado el crimen de Salazar. Y vive para honrar la memoria de aquel hecho, que es entre todos, el hecho máximo

de su vida. Vive para honrar la memoria de Montalvo, de quien es digno discípulo, y cuyas obras inéditas posee. Vive para predicar con su existencia la enseñanza de la gloriosa unidad de su vida, que ni el poder, ni la adversidad, ni la miseria, ni la vejez, han podido romper. Es siempre un hombre erguido y firme, con un aire de altivez y de resolución.

Y como es virtuoso y heróico y glorioso; como es un libertador y un mártir; como es de los caídos, de los vencidos; como su horizonte se cierra ya y se cierra en el infortunio, en la amargura, en la tristeza; como él es un monumento de recuerdos radiantes y famosos, yo lo pongo en el altar de mi culto y le hago justicia; y le hago justicia a todos los conjurados del 6 de Agosto y los coronó con el laurel de los Héroe, el laurel de Bolívar y de Sucre, mientras la justicia de su patria, libre de las aberraciones religiosas y de las imposturas clericales, reconoce y consagra en el mármol o en el bronce la gloria inmortal de los libertadores.

JACINTO LOPEZ,

